



# POLITICA

10, Rue des Pyramides, PARIS (1)  
Bureau n° 25

PARIS, 25 de Febrero de 1950

Año V - Núm. 79

PRECIO: 15 francos  
Suscripciones: 90 frs. trimestre

## El Gobierno de la República Española en el destierro a los Gobiernos y a la opinión pública de todos los países democráticos

**A**JENO a las luchas de los bandos y facciones en que la humanidad, como antes los pueblos bajo sus campanarios, se halla dividida rota, la unidad de la comunidad cristiana antigua y perdido todo sentimiento ecuménico, el Gobierno de la República Española en el destierro se dirige a los Gobiernos y a la opinión pública de todos los países democráticos del mundo exponiendo, una vez más, la injusticia sangrante de que el pueblo español viene siendo víctima. Con la autoridad que da la razón y la fuerza moral que en la desgracia se acrisola, el Gobierno Republicano Español, que representa a una legalidad derrocada por la criminal intervención extranjera y a un pueblo abandonado a los rigores de la tiranía por la insolidaridad de las democracias, se siente capaz de enjuiciar serenamente, rectamente, imparcialmente, la difícil y peligrosa situación en que el problema español ha sido colocado por las últimas evoluciones de la política internacional. A tal espíritu responden las consideraciones siguientes acerca de tan importante suceso — más importante, quizá, por el vuelo de la crónica que por el valor sustancial de la actitud — como:

### MOCION CONTRA FRANCO en el Congreso de Guatemala

**G**UATEMALA. — El Parlamento de Guatemala ha acordado proponer « que la delegación guatemalteca ante las Naciones Unidas reitere sus gestiones tendientes a obtener el rompimiento total de relaciones diplomáticas y comerciales con el régimen ilegal de Francisco Franco en España ». En segundo lugar se ha propuesto « dirigirse a los cuerpos legislativos de las demás repúblicas americanas en solicitud de que propicien medidas oficiales de sus respectivos países en el sentido de que se fortalezca la posición de Guatemala ».

### Reunión del Pleno del Consejo Nacional del Partido Republicano Federal

**E**N París y durante los días 18 y 19 de febrero, se ha reunido el Pleno del Consejo Nacional del Partido Republicano Federal en sesión permanente, bajo la Presidencia del Doctor José Martí Feded. Asistieron los Consejeros Sres. Leandro Raurich, Secretario general, José Trulls, Ricardo Carrillo, Eugenio Arauz, y los Consejeros-delegados D. Antonio Soler Roca, en representación del « Consell Federal de Catalunya », y D. Francisco Maciá, en representación del « Ateneo Pi Margall de México ». El Vicepresidente D. Abel Velilla y el Consejero D. Angel Giménez se adhirieron a los acuerdos adoptados.

Los trabajos y las resoluciones aprobadas lo fueron por unanimidad y afectan a diversos asuntos de orden interior del Partido y políticos concernientes a la defensa de la República y a la labor que a juicio del Partido Republicano Federal hay que desarrollar desde el destierro para liberar rápidamente a España y restaurar la Soberanía Nacional y su régimen legítimo.

Ante las graves circunstancias nacionales e internacionales, esta labor tendrá por parte del Partido Republicano Federal una acción leal e intensa encaminada a promover entre todas las fuerzas políticas originarias de la República la necesaria e imprescindible acción conjunta, invitando a todos a superar las diferencias, polémicas y divisiones estériles que no conducen más que al suicidio político de nuestra causa y que es necesario enmendar con toda urgencia para cumplir el fin histórico, humano y de cooperación a la paz democrática del pueblo español.

El Ministro en el Gobierno de la República en representación del Partido Republicano Federal, Doctor Eugenio Arauz, informó ampliamente sobre la actual situación política y la gestión gubernamental, examinándose las posibilidades y acciones imprescindibles para cumplir la acción que el Partido se propone desarrollar. Se conocieron las opiniones de los correligionarios del Interior y se nombraron los representantes en el Consejo de los mismos.

### La carta del Secretario de Estado Dean Acheson al senador Tom Connally

De tal documento se apoderó inmediatamente la pasión política para ensalzarlo o denigrarlo según la tendencia de las fuerzas internacionales en pugna. Y la frivolidad se sumó con regocijo a lo que hay en todo apasionado debate de estridencia y de escándalo. Madrid — el Madrid oficial — fué más prudente y cauto en sus juicios. Era fácil advertir a la primera lectura las contradicciones del documento. La experta y hábil pluma del redactor no disimulaba las reservas con que se proponía neutralizar las concesiones que pudieran suscitar más esperanza en el ánimo de los partidarios de la dictadura española. El documento se dirige a la vez a republicanos y a demócratas — aún siendo un demócrata el destinatario — como para acallar las disputas que entorpecen la marcha general de los negocios y reducir la oposición en las Cámaras a los proyectos del Gobierno. Se

### Valor y eficacia de la resolución de la ONU de 1946

En la resolución adoptada por la Asamblea de las Naciones Unidas en 12 de diciembre de 1946, culmina una serie de declaraciones que tienen como punto de partida la Carta del Atlántico de agosto de 1941. En este inolvidable — aunque por lo visto, olvidado — documento, lanzado cuando los soldados de Hitler tenían la planta asentada sobre toda Europa, se prometía la devolución de la soberanía plena y el libre ejercicio del gobierno a cuantos pueblos hubieran sido privados de ellos por la fuerza. Siguió, tras la Declaración de las Naciones Unidas de 1° de enero de 1942 y la Conferencia de Teherán de diciembre de 1943, la trascendental Declaración de Yalta de 1945, en que las tres grandes potencias democráticas, Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia, se comprometían a ayudar a los pueblos de Europa liberada, y a los de los antiguos Estados satélites del Eje, entre los que indiscutiblemente se encontraba España, a resolver por procedimientos democráticos sus problemas políticos y económicos más urgentes y a la restauración de los derechos soberanos y de autogobierno en provecho de aquellos pueblos que habían sido privados de ellos brutalmente por las potencias de agresión. Era, manifiesto, sangrante, el caso de España, cuyas instituciones republicanas, y con ellas todas las libertades, habían sido destruidas por las armas de Hitler y Mussolini al servicio de los rebeldes contra el régimen legítimo de su país, como debían declarar después solemnemente las propias Naciones Unidas. A esta inspiración responde la resolución de San Francisco de junio de 1945, que declara inaplicable la Carta de las Naciones Unidas a « Estados cuyos regímenes han sido establecidos con la ayuda de fuerzas militares de los países que han luchado contra las Naciones Unidas mientras esos regímenes permanezcan en el poder ». Hay, después, la Declaración de Potsdam de 2 de agosto del mismo año, suscrita por los Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña, en que los tres Gobiernos afirman que « no apoyarán el ingreso en las Naciones Unidas del Gobierno de Franco », « el cual, establecido con la ayuda de las Potencias del Eje, no posee, dados sus orígenes, su naturaleza y su estrecha asociación con los países agresores, las cualidades

trata de contentar a los parlamentarios turistas que exhiben en Washington una España a vista de pájaro mlope y a los exportadores que tienen sus mercancías amontonadas en los muelles de Nueva York. En suma, la carta de Acheson al senador Tom Connally más parece un recurso, un expediente de política interior que un acto de trascendencia internacional decisiva. Con todo, por el peligro de lo que tiene de claro y el riesgo en la interpretación de lo que ofrece de ambiguo, por el refuerzo que significa, aún en sus términos más dudosos, para el régimen de Franco en bancarrota y por el aliento que puede llevar a los defensores del fascismo en Europa y en América, el documento del Secretario de Estado Dean Acheson justifica la alarma que ha producido y merece ser considerado en toda su indudable gravedad.

necesarias para formar parte del organismo ». Y la Asamblea de Londres de febrero de 1946 reiterate las declaraciones de San Francisco y de Potsdam. La resolución de las Naciones Unidas de 12 de diciembre de 1946 no es, pues, una novedad, una improvisación, una sorpresa, un arrebatado debido a las circunstancias del momento; es menos el resultado de una maniobra en el seno de un organismo que todavía no se hallaba dividido en bloques ni era aún teatro de las enconadas luchas de la guerra fría. Es la consecuencia, lógica en cuanto a los principios políticos y necesaria conforme a las premisas morales, de toda una serie de manifestaciones, declaraciones y resoluciones anteriores que tienen el valor y el prestigio de actos de los más importantes Gobiernos y del más alto organismo internacional. Derogar esa resolución, suprimirla, borrarla, sería tanto como borrar de la historia la guerra por la democracia y por la libertad de los pueblos; olvidar los millones de muertos y todas las crueldades horribles de que fué la primera víctima el pueblo español. Y considerarla como un error en que se ha persistido distraídamente, inadvertidamente, sería tanto como demostrar ante el mundo que la más encumbrada diplomacia no es sino un juego de una espantosa frivolidad.

Lo convencional en la diplomacia, aún siendo ésta del estilo más desenfadado, tiene un límite infranqueable, que es el respeto a la evidencia de los hechos. Y ese límite, que la diplomacia del Estado más poderoso no puede rebasar aunque quiera, se traspasa cuando se dice que la resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946 sólo sirvió para vigorizar el régimen de Franco, y para unir en torno al dictador, por patriotismo, por españolismo, a la gran mayoría del pueblo. Si lo primero fuese cierto, todos los órganos de publicidad del Estado fascista español pedirían a grito herido que se mantuviera el boicót internacional contra Franco, en vez de combatir con las mayores violencias de lenguaje, al modo chabacano de la demagogia falangista, tanto la resolución de la ONU como a sus más ilustres defensores y a los países que representan. Y en cuanto a lo segundo, si puede darse el caso de que un pueblo se agrupe en torno (Pasa a la segunda página).

### Contestando a la interpelación de Dolores Ibaruri

**L**A desafortunada e injusta campaña que « Mundo Obrero », órgano oficial del P. C., ha emprendido desde hace algún tiempo contra el Gobierno republicano español, culmina en la interpelación que la Diputada Sra. Dolores Ibaruri dirige al Jefe del Gobierno. No somos nosotros los llamados a sustituir al Gobierno de la República en la fácil tarea de refutar unas acusaciones que, por lo infundadas, parecen más bien tendientes a justificar una nueva política del P. C. en el problema español.

Decimos « una nueva política », porque la mayoría de lo que la señora Ibaruri reprocha hoy al Gobierno del señor Albornoz, no ha sido precisamente de la iniciativa y responsabilidad de éste, sino continuidad de una línea política iniciada por Gobiernos anteriores con la conformidad y presencia del P. C. Es éste, y no el Gobierno de la República, el que cambian sus consignas, condenando hoy con terribles anatemas las mismas acciones y personas que ayer defendía con seguridad absoluta.

¿ Qué ha hecho el Gobierno para sostener la lucha de los guerrilleros, estimular la acción obrera y campesina, organizar, unir, sostener, aliviar, proteger e impulsar a la resistencia y a la emigración? Pues lo mismo que hacía cuando el P. C. figuraba en el Gobierno de la República, lo único que cabe esperar de un poder meramente moral, que es ayudar moralmente a la liberación de la patria y a la destrucción de la tiranía.

Permitásenos preguntar a nuestra vez: ¿ qué ha hecho el P. C., como las demás fuerzas que censuran y combaten al Gobierno, para que éste pudiese haber hecho los prodigios que se le piden? Porque para actuar como fuerza material, hace falta poseer elementos materiales de fuerza y, que nosotros seamos, el P. C. no ha tenido nunca mayor interés en canalizar hacia el Gobierno de la República ni la dirección de la lucha antifranquista, ni los elementos materiales que la opinión democrática internacional ha prodigado para sostenerla, y que el P. C. procura derivar hacia su molino.

El P. C. no tiene que reprochar nada al Gobierno republicano, ni a las fuerzas democráticas y liberales que actualmente lo apoyan, como no sea la discreción y la tolerancia con que en aras del interés nacional y de la causa común de la liberación de España, han sobrellevado durante años una colaboración desigual, sin compensaciones ni correspondencia.

Si el pueblo español pudiera hablar, exclama la señora Ibaruri. Los partidos republicanos no desean otra cosa: poner al pueblo español en condiciones de que pueda hablar libremente; pero de verdad, mediante el disfrute permanente de las libertades esenciales del hombre, y sin que su voluntad sea desfigurada por el terror interior o por la amenaza extranjera. Los partidos republicanos están seguros de que el pueblo español estima y reconoce la política de independencia nacional, de liberación y de paz que han defendido, antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. Una política que, por el procedimiento y por el fin, procura restablecer la República en España de manera que todos los ciudadanos puedan disfrutar permanentemente las mismas libertades, seguridades y derechos, sin que el reconocimiento de los mismos dependa de la adscripción a ideologías o a partidos, y sin que los intereses supremos de nuestro país se supediten a los de ninguna coalición o bloque de potencias extranjeras.

Nada más tendríamos que replicar a la señora Ibaruri si ésta no se permitiera (acaso para justificar futuros actos de sus correligionarios extranjeros) echar el lodo de la falsedad y de la calum-

nia contra sus compatriotas de otras ideologías. No es cierto, señora Ibaruri, que ningún representante diplomático del Gobierno republicano español ante las democracias populares estuviera en relación con los enemigos de ellas. El acto habría sido indigno de la caballerosidad española, y de ser cierto, habría producido a su debido tiempo la queja de los Gobiernos perjudicados. No la ha producido, porque se trata de un infundio a posteriori, nacido del fanatismo calenturiento de la señora Ibaruri.

No es cierto tampoco que el Gobierno republicano haya recibido ni aceptado dinero por las condecoraciones de la Orden de la Liberación, que todos cuantos con ellas fueron honrados recibieron a título honorario y gratuito, incluidos los derechos y las insignias. El Gobierno republicano no tiene, ni recibe, ni acepta dinero de nadie, en los cuatro puntos cardinales, a cambio de un átomo de su dignidad, entre otras razones porque hoy está constituido por republicanos que todavía poseen el « prejuicio burgués del honor ». Por eso, es el más pobre, pero también el más libre de todos los Gobiernos del mundo.

No es la primera vez que el P. C. se permite atribuirnos esa infamia que, por serlo, puede perjudicar de manera irreparable las futuras relaciones del mismo con los partidos republicanos españoles. La pasión partidista autoriza muchas cosas; pero no que se empleen con irresponsabilidad o con perfidia las armas fascistas de la calumnia y de la mentira, que los republicanos españoles aborrecemos más que nadie, porque más que nadie las hemos padecido durante la guerra y en el destierro.

### Tres españoles refugiados en la zona de Tanger son detenidos por la policía franquista y conducidos a España

**L**A prensa francesa se ha hecho eco del vil acto cometido en la zona internacional de Tánger por elementos franquistas. Tres refugiados españoles han sido arbitrariamente detenidos por un funcionario al servicio de la dictadura y conducidos a España, violándose así los compromisos internacionales que impiden proceder aisladamente a cualquiera de las potencias integrantes de la Administración de la zona. No sólo se han vulnerado de manera flagrante las normas reguladoras de la actuación de los gobiernos interesados, sino que en este caso concreto se ha quebrantado el derecho de asilo, al que se habían acogido unos españoles adversarios de la tiranía y que estaban, por lo tanto, bajo el amparo de una potestad internacional y sometidos a su jurisdicción. Este hecho no es más que la repetición de otros muchos, innumerables, perpetrados en Europa durante la guerra mundial, con la complicidad y ayuda activa de Alemania e Italia y con la transigencia de los gobiernos que soportaban entonces los países ocupados por el Eje.

# El Gobierno de la República Española en el destierro...

(Viene de la primera página).

a un dictador cuando la independencia del país es amenazada o el honor nacional gravemente ofendido, los ataques a la tiranía que se producen en el exterior confortan a la opinión independiente de dentro, cuyo júbilo se manifiesta en la forma que la vigilancia policiaca consiente. Prueba de ello, la singular, extraordinaria simpatía de que en España goza México, el México de Cárdenas, de Avila Camacho y de Alemán. La silueta de un artista, el esbozo de una danza o el preludio de una canción mexicana son bastante para que el entusiasmo del público desborde en los cines y en los teatros. Es el amor y la gratitud hacia el pueblo en que viven libres los padres, los hermanos, los esposos, los hijos, al amparo de un Estado que afirma los principios que tantos olvidan y practica la solidaridad democrática que tantos ignoran negándose a reconocer al régimen espúreo que avasalla y deshonra a España.

Y si la resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946 no fué todo lo eficaz que debiera, la culpa no es del pueblo español, ni puede atribuirse a ninguna modalidad psicológica suya, sino del propio organismo internacional que la dictó y cuyo Consejo de Seguridad no cumplió las recomendaciones que le hizo la Asamblea. Porque éstas no se limitaban al retiro de los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid, sino que además de excluir a la España de Franco de todos los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas o que tengan

## Disimilitud entre el caso de Rusia y el de la España de Franco

El argumento de que si se mantienen relaciones diplomáticas normales con la Rusia soviética y los Estados de su esfera de influencia no hay razón para no sostenerlas de igual modo con la España fascista es simplemente una falacia. Prescindiendo de toda comparación entre los dos regímenes, el soviético, plausible o vituperable, no se debe a la intervención extranjera, sino a un gran movimiento de la historia del mismo pueblo ruso, el cual es un hecho nacional inconfundible. La Rusia soviética existe desde 1917 y uno de los primeros Estados en reconocerla fué la Italia de Mussolini. Las democracias europeas, aún dirigidas por estadistas conservadores, habían celebrado pactos con ella, no considerándola extraña a la vida continental. Pero, sobre todo, la Rusia soviética fué un aliado de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la lucha contra las potencias del Eje. En qué medida el esfuerzo soviético contribuyó a la victoria común es asunto que corresponde a los técnicos. Mas el heroísmo ruso, que atestiguan millones de muertos, pertenece a la historia universal, en cuyas crónicas figuran entrelazados, en juntas y conferencias memorables, los nombres de Roosevelt, Churchill y Stalin.

Y los Estados llamados hoy desdefiosamente satélites de Rusia, cuyos regímenes tampoco importan considerar de momento, figuraban entonces en la gran constelación que se oponía a la totalitaria, y giraban indistintamente alrededor de las grandes estrellas del firmamento democrático. Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia tenían en Londres sus gobiernos en el destierro. Y no se pedía a los caudillos que en los países invadidos luchaban por la independencia nacional su cédula política, sino que eran aplaudidos y exaltados como héroes, no habiéndose formado tampoco ningún comité

## Los Estados Unidos frente a la democracia de Europa

Europa ya no es la potencia material de otros tiempos, pero es todavía la cultura que sirve de fundamento espiritual al mundo contemporáneo. Políticamente, la Europa actual es el punto de confluencia de tres movimientos cuya savia no se ha agotado aún: el liberalismo británico, la democracia francesa y una nueva concepción de la historia debida a la filosofía alemana. Es la civilización hija del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución. España e Italia, aletargadas durante siglos, contribuyen al movimiento renovador del mundo con la profunda gestación de los ideales democráticos que florecen en el siglo de Castelar y de Mazzini. Y es esta civilización, en cuyo seno se han ido elaborando las doctrinas políticas y sociales que han prevalecido en la última centuria, la que opuso valladar insuperable a las fuerzas oscuras y tumultuosas que se lanzaron con Hitler y Mussolini, bajo el escudo de la barbarie gótica, al asalto de la conciencia moderna.

nexos con ellos, así como de la participación en conferencias u otras actividades de los Estados miembros « hasta que se instaure en España un Gobierno nuevo y aceptable » encomendaban al Consejo de Seguridad, si dentro de un plazo razonable no se constituía en España un Gobierno que garantizara los derechos fundamentales y convocara al pueblo a elecciones libres, la adopción de las medidas necesarias para remediar tal situación. Nada hizo el Consejo, no obstante agravarse en España las manifestaciones de la tiranía, como lo demuestran informaciones y estadísticas que corren por el mundo, y nada hizo la Asamblea en sucesivas reuniones, a pesar de las voces tan autorizadas como elocuentes que resonaron en su tribuna. Por el contrario, se consintió que pequeños Estados — pequeños unos por su extensión y otros por escasa autoridad moral — desconocieran irreverentemente la resolución de diciembre de 1946 y enviaran a Franco como un obsequio los embajadores o ministros de sus dictadores de mayor o menor cuantía, ya que no de sus pueblos. Legisladores que no se rasgan las solennes vestiduras, sino que se las dejan salpicar de indelebiles motas irónicas. Y así se llega — mientras Franco, el homúnculo surgido de la retorta de Hitler y Mussolini, debelador de masones ya que no pudo serlo de imperios, se burla de los colosos de la democracia, ante todo anhelantes de hacerse perdonar el triunfo sobre el nazismo y el fascismo — al anuncio de saldo del franquismo en liquidación de inusitada bancarrota internacional.

para investigar, el día del triunfo, la documentación de los libertadores.

La España de Franco fué, por el contrario, un aliado de Hitler y de Mussolini. Llegó en las manifestaciones de solidaridad con las potencias agresoras a la mayor insolencia. Felicitó a Hitler victorioso mediante despachos en que el entusiasmo era adulterado por la adulación y el servilismo. Celebró la caída de París con ignominiosa alegría. Creó obstáculos y dificultades en Marruecos, pretendiendo apoderarse de Tánger, y alimentó a los submarinos alemanes e italianos en el Mediterráneo y en el Atlántico. Envío a Rusia la Legión Azul para dejar constancia de su intervención material en la guerra. Sometió al pueblo español a las privaciones más crueles en beneficio de los combatientes totalitarios. Ya donde no podían llegar las armas impotentes eran dirigidos el insulto y la procañidad. Todas las inepticias, todas las estolideces que la incomprensión del espíritu angloamericano sugirió a los ingenios más romos de los países latinos eran recogidas y recopiladas, en artículos y panfletos. Se denigraba en las aulas a la revolución inglesa por su carácter hipócritamente puritano y tiránicamente anticatólico. Los Estados Unidos particularmente eran objeto de los ataques más soeces. El sentido materialista o inferior de su civilización figuraba como un tema en los programas de la enseñanza secundaria. Otro tema era la inmundicia financiera de la gran República; ¿quién lo hubiera dicho a los excursionistas periféricos del Capitolio y a los plantadores y dueños de rebaños de la Florida y de Texas que se enternecen con las angustias del dictador español! Bien informados, no se hubieran dejado ganar por la superchería.

ya ajeno a su vida política, moral, cultural y espiritual, sino perteneciente a un extinguido período geológico, al peligroso fósil que se dejó olvidado allende el Pirineo la victoria aliada.

Y no es sólo repudio de una civilización, repugnancia de una cultura y hostilidad de un sistema político y social. Es asimismo prevención y alarma de grandes y graves intereses que se sienten comprometidos. Inglaterra sabe bien cuánto hay de enemiga irreducible al espíritu británico en el fondo de la reacción española de que Franco es el más caracterizado exponente. Francia necesita verse libre de la puñalada por la espalda lo mismo en los Alpes que en los Pirineos. Italia no ignora que la sombra de Franco es el fantasma de Mussolini, como la restauración de los Borbones sería la restauración de los Saboya. Toda organización de Europa es imposible si a la caperuzada democrática sigue una turbulenta cola fascista. La unidad continental a base de Francia y de Alemania requiere firmeza y seguridad en los contrafuertes del Mediterráneo lo mismo que en los escandi-

navos. La Federación latina exige un triángulo equilátero que no pueden formar dos democracias republicanas y una dictadura fascista. Los mismos pactos en vigor, del Benelux al del Atlántico del Norte, prendidos con los alfileres del plan Marshall, serían resquebrajados por la desconfianza y el recelo que no podría menos de inspirar un elemento extraño y perturbador. Y en cuanto a la cooperación militar, la espada de Franco, traída a sus progenitores en la desgracia y en la muerte, sería la espada de Damocles sobre las cabezas de los soldados de la libertad.

La pobreza puede llevar a Europa circunstancialmente a posiciones y actitudes subalternas impropias de su genio y de su prestigio. Mas por encima de la coyuntura y la emergencia está el alma permanente de los pueblos. Y es el alma de Europa lo que necesitan conquistar los Estados Unidos, sin perjuicio de echar un remiendo a la economía destrozada. La alta, noble y fecunda colaboración no nace del apremio, sino del libre designio. No tiene por musa la necesidad, sino el ideal.

## La cita con el Destino

Los Estados Unidos fueron, al nacer, la esperanza del mundo. La Declaración de Filadelfia, formulada bajo religiosos auspicios, fué como la revelación de un nuevo Evangelio para todos los hombres. Los representantes de la joven República eran acogidos en la Francia de Rousseau y de Voltaire como los nuevos profetas de la Humanidad. Las sencillas máximas de Franklin eran escuchadas en París — el París que se acercaba a las jornadas de la Revolución — como sagradas respuestas de oráculo. El valeroso y apacible Washington — el Cincinnati del nuevo continente — adquirió en los días de la guerra las proporciones de un héroe homérico. Jefferson, el político más consumado y poderoso de toda la historia de los Estados Unidos según Murray Butler, proclamaba su solidaridad con la Revolución francesa. Al estallar ésta se constituyen en todo el territorio de los Estados Unidos sociedades democráticas que la defienden, y la de Charleston es adoptada como filial por el club parisiense de los jacobinos. Cuando, tras la guerra napoleónica y el movimiento reaccionario de la Santa Alianza, la revolución renace en Europa, los republicanos de América tienden sus manos a los del viejo Continente. En 1846, la Convención nacional del Partido demócrata expresaba sus simpatías a la nueva República francesa, y poco después el secretario de Estado Daniel Webster afirmaba en una nota dirigida al Gobierno austriaco el derecho del pueblo americano a tener el más vivo interés por las naciones que luchaban en pro de un régimen semejante al de los Estados Unidos. En 1850, el Presidente Fillmore, con la autorización del Congreso, enviaba a Turquía un buque de guerra para transportar a los Estados Unidos al patriota húngaro Kossuth, desterrado de su país. En esta tradición democrática y humanista se forja el alma heroica de Lincoln, el redentor de los esclavos, y en la misma gloriosa tradición tiene sus raíces el pensamiento a la vez profundamente americano y universalista de Wilson y de Franklin D. Roosevelt. En la alusión a la cita con el Destino de que hablaba el último al sentirse llamado a intervenir al frente de su pueblo, en el más trágico conflicto de toda la historia, hay el temblor que agita a las almas en los umbrales del misterio bajo el presentimiento de que se está ante lo decisivo e irreparable.

Los Estados Unidos fueron, sobre todo, el gran ejemplo de América; los maestros, los guías de todo el Continente. Las espadas de los libertadores se vuelven hacia la invicta de Washington, ya inmortal trofeo, en busca a un tiempo de la inspiración militar y del espaldarazo caballeresco. La Constitución de los Estados Unidos es adoptada por todos los pueblos que van conquistando su independencia. Todos se erigen en federaciones para desprenderse del

## El equívoco de las relaciones diplomáticas

El problema que la carta del Secretario Dean Acheson plantea ante las Naciones Unidas no es, como erróneamente se ha dicho el de reconocer o no el régimen de Franco; los Estados Unidos lo reconocieron el 3 de abril de 1939, siguiendo el deplorable ejemplo de Inglaterra y Francia, que lo habían hecho el 27 de febrero; reconocimientos sin condiciones, sin reservas, sin atender lo más mínimo a la peligrosa situación ni adoptar la menor prevención con-

espíritu unitario y centralista de las viejas metrópolis. Desde la pampa y desde la manigua se mira al Capitolio como a una estrella que no puede sufrir eclipse. Pero la marcha de los pueblos libertados hacia la democracia es lenta, difícil, dolorosa... El yugo colonial queda dentro de las almas sobre las cumbres bravías y los desiertos inmensos. El viejo despotismo, sin la grandeza de las monarquías históricas, renace en los tiranos con espíritu de capataces y codicia de negreros. Las guerras intestinas se suceden y el espíritu de los Rosas, los Francia y los García Moreno alienta en sucesivas reencarnaciones. Es la herencia a la vez de rebeldía y de esclavitud de un pasado que las armas no pudieron romper en lo espiritual, como las soldaduras materiales de la administración y del gobierno, en los campos de batalla.

Los Estados Unidos, maestros de América, se encuentran ante una grave situación. El prestigio de su hegemonía universal no puede menos de padecer con el espectáculo de las dictaduras iberoamericanas, sensibles a su influencia económica, pero refractarias a su magisterio político. Porque es importante llevar la democracia a China, y al Japón, y al Medio Oriente, y a los negros de África, pero es mucho más importante para un americano establecerla en América. Bien está que inquieten y preocupen los progresos del totalitarismo donde quiera, allende el Atlántico y allende el Pacífico, en las estepas de Asia o en las islas oceánicas; pero es mucho más peligroso en el propio Continente, como si se dijera a las puertas del Capitolio, al alcance de los anteojos de la Casa Blanca. Para la democracia son igualmente inadmisibles todas las dictaduras. Y son las más peligrosas espiritualmente las más próximas. Las dictaduras de América se oponen a la unidad moral del hemisferio e impiden la solidaridad democrática continental. Y es singular modo de procurar la desaparición de esas dictaduras, de vieja raigambre española y que aspiran a ser un remedo del régimen franquista, salvar a Franco de la bancarrota y del desastre y presentarlo, rehabilitado, a la contemplación de los pueblos de América.

Había, en efecto, en los discursos de Franco y de D. Roosevelt, sencillos apólogos y edificantes parábolas, el hondo temblor de la cita con el Destino. Y todas las mañanas se renueva la emoción ante la magnitud de los sucesos mundiales que se precipitan. El mundo escapa a la razón y no hay sino presentimientos, vaticinios, profecías, augurios; se espera en el umbral del misterio con temor y zozobra. Verdaderamente, sería inaudito que la sagrada cita con el Destino se convirtiera en sordido y premioso diálogo con el dictador español, bajo la mirada excéptica e irónica de Chang-Kai-Shek.

tra las represalias de los vencedores, que fueron, como es sabido, crueles. Tampoco se trata del problema referente al reconocimiento de los gobiernos de facto, por lo que es ocioso invocar la doctrina Estrada, mal comprendida por otra parte, sobre la materia, ni es del caso entrar a discutir si procede o no sostener relaciones diplomáticas normales con gobiernos cuya significación ideológica se reprueba o cuya conducta atentatoria a los derechos

humanos fundamentales merece universal execración. Por estos caminos de circunvalación del problema se procura dar a éste una falsa perspectiva que permita un cínico y escandaloso camuflaje.

La iniciativa de reconocer a Franco en 1939, fué del reaccionario y pusilánime Chamberlain, cuya táctica de abrir el paraguas antes de la lluvia tanto se parece a la del alvruz. Francia tuvo la flaqueza de secundar la actitud de Inglaterra — aunque ambos reconocimientos lleven la misma fecha — y los Estados Unidos siguieron, a considerable distancia, a las dos grandes democracias de Europa. Era el momento de la pacificación a todo trance; el miedo erigido en razón de Estado; el atolondramiento del pánico; la pendiente resbaladiza de Munich. Mas, al estallar la guerra, Franco se apresura a proclamar su solidaridad con las potencias del Eje; es moralmente y materialmente, en lo que la debilidad de España consiste, un aliado de Hitler y de Mussolini; se cruzan los plácemes y las felicitaciones, ya que no pueden entrelazarse las armas; las vulpejas fascistas, incapaces de convertirse en leones palmotean ante el vuelo de las águilas alemanas. El panorama ha cambiado. El posible colaborador siquiera fuese bajo una neutralidad hipócrita, es manifiestamente un enemigo. Entonces, con intervalos que marcan los lentos pasos de la victoria, la Carta del Atlántico, la Declaración de las Naciones Unidas, Teherán, Yalta... Los republicanos españoles siguen anhelantes desde los presidios y por encima de los campos de concentración la marcha de los soldados de la libertad, a cuyo lado combaten los compatriotas que pudieron salvarse de la mazmorra y del verdugo. Y después de la victoria, ya sin la nerviosidad de la lucha incierta, entre el repique triunfal de las campanas, San Francisco, Potsdam... Seguidamente, Londres, New-York.

Y he aquí el problema. No se trata de elucubraciones de derecho internacional. Se trata de si las Naciones Unidas son capaces de borrar todas esas declaraciones y todos esos actos, de entonar una mea culpa vergonzosa, de incurrir en una escandalosa retracción, de arrastrarse hasta Canosa como el emperador germano, de desfilar en procesión por las horcas caudinas, provocando el estupro del mundo.

Esperamos que no será así. La sombra de Chamberlain « el pacificador » no podrá ganar la batalla. Hay el compromiso de honor de las democracias de Europa, a las que se unirán las nuevamente constituidas en Asia y todos los pueblos libres representados en el alto organismo internacional. Hay, sobre todo, las democracias de América, que al repudiar el fascismo de la madre patria defienden su libertad y su espíritu. México, cuya tradición internacional tiene el insigne abolengo de Francisco de Vitoria, en que se inspira la doctrina del gran demócrata y amigo inolvidable de la República Española Jenaro Estrada. Guatemala, que ha aventado en heroica lucha las cenizas de la dictadura. Panamá, cuya representación en las Naciones Unidas ha ofrecido las más altas lecciones de derecho. Cuba, en cuya lucha por la libertad rivalizaron los soldados y los poetas. Chile, de tan fuerte y vivaz espíritu político que es ejemplo en el Continente de resistencia a las más extremadas corrientes de avance y de retroceso social. El Uruguay, de Batle Ordóñez, el genial hombre de Estado que hizo de su pueblo una democracia modelo. Algunas de estas democracias pueden ufanarse de las instituciones más progresivas, y todas comparten el ideal forjado por la espada del Libertador y la musa de Martí, ideal que es también el de los pueblos oprimidos por una nueva forma de yugo colonial. En las Naciones Unidas es siempre la voz de una democracia americana la que defiende la causa más noble, la que propone la solución más justa, la que invita a la concordia y a la fraternidad. Y al cerrar el paso a Franco, las democracias americanas prosiguen la lucha centenaria por la independencia espiritual de las patrias arrancadas a la vieja dominación de que es símbolo el dictador de España.

## Ayuda económica a España y subsidio a Franco

Ningún español se opondría por motivos políticos y menos por fanatismo de secta o empeñamiento de facción a las colaboraciones que requiere la restauración económica de la patria, destrozada y empobrecida por una rebelión cri-

(Pasa a la tercera página)

# Con motivo de un exabrupto

(Viene de la cuarta página).

otros dos me formuló el menor reparo. Esos datos son sintomáticos. Pero, además, y ésta es la tercera acusación, somos nosotros particularmente yo en este caso, indignos de recibir el saludo del señor Lázaro, porque el Gobierno republicano en el exilio es un estorbo para la solución del problema español. En qué funda Don Angel Lázaro tan peregrina tesis? Solamente en una cosa: en que lo ha dicho el señor Prieto. Yo también podría decir que ese estorbo lo constituye el pacto socialista-monárquico y quedaríamos empatados. Pero tan inexacta como es la de D. Indalecio sería esa apreciación mía. El señor Prieto sabe lo mismo que yo que la causa de que el problema español no se solucione, y esa causa está muy por encima de nuestras voluntades y posibilidades, es la pugna dramática entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. Ante esa tremenda realidad no nos queda otro recurso, ni a ellos ni a nosotros, que procurar impedir, o al menos entorpecer, toda ayuda internacional al franquismo, de cualquier índole que sea, en espera de que se aclare el horizonte y podamos aspirar de nuevo a mayores empresas.

Jamás ningún Gobierno ha prometido patrocinar la solución que el señor Prieto preconiza; varios Gobiernos, en cambio, han dado apoyo a la solución preconizada por nosotros. Considero estas dos afirmaciones como otras tantas verdades irrefutables. D. Indalecio Prieto aseguró en su intervención con el señor Alvarez: «Si cuantas (Cancillerías) pueden tomar resoluciones definitivas en nuestro problema se hubiesen mostrado partidarias de empalmar el Gobierno constituido en la expatriación con el Gobierno que actuaba en España, todos habríamos estado en derredor de él». Pues yo le replica al señor Prieto: Si esas Cancillerías se hubiesen manifestado dispuestas a tomar las medidas económicas adecuadas para el derrocamiento de Franco a fin de proceder después en España a una consulta electoral democrática y bien garantizada, casi todos habríamos estado en esa línea de combate. Pero tal disposición de ánimo solamente ha existido en tres o cuatro personalidades sueltas, no en los Gobiernos de que ellas han formado o forman parte, salvo durante algún tiempo en el de Francia, al cual dejaron sólo los demás con el bloque económico que había establecido. Y nosotros, como dije muy bien el señor Albornoz en su discurso del Palacio de Bellas Artes de Méjico, no entregamos la República por nada.

La nota dada en Londres el 4 de marzo de 1946 por los Gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que con tanta frecuencia cita el señor Prieto, carece a mi entender del alcance que le concede este eminente socialista español, por quien yo siempre he tenido el respeto y la admiración que se merece, sin perjuicio de combatir sus puntos de vista cuando los he creído perjudiciales. Pretendía aquella nota tripartita que los «principales patriotas y liberales españoles», y se refería sustancialmente a los que residen en España, sin volver a «los errores de una guerra civil», «encontraran un medio de producir el establecimiento de un gobierno interino bajo el cual el pueblo español pueda tener oportunidad de libertad para determinar la clase de gobierno que desea y para escoger sus gobernantes». Pero quién ponía antes el cascabel al gato. Porque la importantísima cuestión previa es apartar del poder a Franco y a sus cómplices. ¿Qué ayuda se ofrecía para esto en la nota de los tres Gobiernos citados? Absolutamente ninguna. Los «principales patriotas y liberales» tendrían que arreglárselas por sí mismos como pudieran, menos mediante el empleo de la violencia. He aquí un problema peliagudo sobre cuya solución por los españoles solos no conozco ningún plan del señor Prieto.

Ignoro, por otra parte, con qué fundamento interpretó este ilustre amigo las expresiones vagas de la nota tripartita, que se refieren a personas y no a entidades, como invitación a una alianza o entendimiento entre los partidos republicanos y monárquicos para establecer el indicado Gobierno interino; pero, en todo caso, y ésta es la cuestión clave, ¿cómo se desmoronaba antes el aparato franquista de opresión?

Desde entonces ha dedicado el señor Prieto sus grandes energías, merecedoras de más fáciles empeños, a realizar esta tarea, poniendo en ella una gran pasión patriótica, como gustosamente reconozco. ¿Qué lástima de inteligencia, de trabajo y de tiempo gastados en una obra de imposible éxito! Dos años y medio lleva ya dedicado a esa labor, en la que ha

perdido gran parte de su salud, y al cabo de ellos ni siquiera sabemos cómo se llaman los monárquicos con quienes ha pactado.

Se queja el señor Prieto de que los partidos republicanos no le han acompañado en su aventura. ¿Podía esperar otra cosa? En primer lugar, incurrió en la grave desconsideración de no plantear y discutir privadamente con ellos su idea, según se hizo antes de constituir la Junta Española de Liberación, y en vez de ello se limitó a pedirles que se sumaran, sin posibilidades de crítica por tanto, a lo que ya él había lanzado públicamente como un propósito decidido. Y en segundo lugar incurrió en el tremendo error de prescindir de la evidente legitimidad republicana mientras los juanistas seguían esgrimiendo su inexistente legitimidad monárquica. El resultado era natural. Al señor Prieto le duele, y lo comprendo, porque como él no es un poeta, sino un político, no puede decir tranquilamente como el señor Lázaro: «Nosotros los republicanos y socialistas estamos ahora en un pacto con los monárquicos». La realidad es que solamente un grupo socialista, el mayoritario en el exilio y probablemente en España, y un grupo cenetista, más unas cuantas personalidades del republicanismo, están en ese pacto con unos monárquicos incógnitos, que evidentemente ni siquiera son todos los poquitos que quedan, pues algunos de los más importantes, como el conde de Romanones y D. Antonio de Goicoechea, continúan colaborando políticamente con Franco, y otros de la misma calidad, como los señores Gil Robles y Luca de Tena, han negado haber suscrito pacto alguno con el señor Prieto y sus compañeros.

Todos los indicios son de que ese pacto está fracasado. Correligionarios tan destacados del señor Prieto como los señores De Francisco, Carrillo y Palacios lo han declarado así públicamente. Personas relevantes del prietismo. Entre ellas dos diputados, me han expresado a mi confidencialmente su disgusto por la situación a que se les ha llevado. Solamente el enorme prestigio personal del señor Prieto permite que ese edificio cuarteado se siga manteniendo en pie. En un documento reciente de militantes socialistas muy veteranos, a la cabeza de cuyas firmas figuraba la de D. Wenceslao Carrillo, se lee lo siguiente: «Que se sepa no existen relaciones oficiales más que con los monárquicos; pero ¿qué hay de estas relaciones? ¿Con qué monárquicos se siguen? ¿Qué han hecho y qué hacen esos monárquicos para contribuir al derrocamiento de Franco y del franquismo?». Como se ve, no solamente los republicanos hacemos estas preguntas.

Se dice que errar es de humanos y, en mi opinión, el señor Prieto, que es tan humano, ha errado en esta ocasión. En su postura política de estos últimos años hay una parte sustantiva y otra parte adjetiva. La parte adjetiva, el pacto con los monárquicos, ha fracasado. La parte sustantiva, el plebiscito o la consulta electoral, se puede discutir a condición de saber previamente que se ha de contar con las debidas garantías exteriores de quienes pueden darlas. ¿Por qué no abandona de una vez el señor Prieto esa parte adjetiva ya muerta y se reintegra al campo republicano con la parte sustantiva como fórmula de estudio, discusión y posible acuerdo? A pesar de los agravios que hay de por medio, el señor Prieto y sus amigos serían recibidos por los partidos republicanos con los brazos abiertos para acabar con el espectáculo de la dolorosa división en que vivimos, la cual tanto nos perjudica ante la opinión internacional.

Ni los socialistas ni los republicanos tenemos independientemente la mayoría del país. Juntos hemos obtenido los más brillantes éxitos; divorciados hemos sufrido las más crueles derrotas. Un problema que no es de nuestros campos políticos nos tiene separados ahora. ¿Vamos a seguir así frente a los graves acontecimientos que parecen acercarse? Sería suicida. Tenemos que volver a asociarnos en la lucha política porque si no nos unimos difícilmente volverá a haber en mucho tiempo una República democrática española. Me atrevo a pedirlo yo, que no he empleado en el exilio ni la pluma ni la palabra para ofender a ningún hombre de nuestro régimen, y tengo la esperanza de que mi llamamiento sea escuchado y meditado. Pero si la unión resultara imposible, contingencia que para mí sería catastrófica, ¿por qué no ha de haber en las polémicas entre unos y otros aquella elemental cortesía que es siempre signo de buena crianza en quien crítica y homenaje de consideración respetuosa para el censurado?

Félix GORDON ORDAS

# VIDA DEL PARTIDO

PROXIMA ASAMBLEA GENERAL DE I. R. EN FRANCIA

La VI Asamblea general de Izquierda Republicana en Francia, tendrá lugar en París los días 11 y 12 de marzo de 1950, con el siguiente orden del día: 1º — Lectura del Orden del día y de las instrucciones para los trabajos de la Asamblea; 2º — Presentación de credenciales ante la Comisión Ejecutiva; 3º — Nombramiento de la Mesa de edad; 4º — Designación de la Comisión de Credenciales; 5º — Dictamen de la Comisión de Credenciales; 6º — Nombramiento de la Mesa de la Asamblea; 7º — Lectura del Acta de la Asamblea anterior; 8º — Nombramiento de las Comisiones de Ponencias y Propuestas y de Conflictos; 9º — Gestión de la Comisión Ejecutiva: a) Informe de Tesorería; b) Informe de Secretaría; 10º — Examen general del problema político; 11º — Propuestas de carácter general; 12º — Ruegos y preguntas; 13º — Elección de Comisión Ejecutiva; 14º — Declaración política de I. R. en Francia.

En la última Asamblea General celebrada por la Agrupación París-Sena, ha quedado constituida la siguiente Junta Directiva:

Presidente: don Jesús Herranz. Vicepresidente: don Pedro Pla. Secretario: don Isidoro Alonso Barba.

Vocales: don Tomás Traid, don Justo Heyeite, y don Valentín Illana.

## LISTA DE DONATIVOS

Suma anterior . . . . . 43.617  
X, 220; Ambrosio Garbizo, 300; Manuel Ruiz, 170; Emilio Bordonaba, 100; Agrupación Altos Pirineos, 2-0; Uno de Argel, 150; Mario Peruzza, 590; X, 300; Joaquín Vidal, 320; Manuel Ruiz, 45; Gonzalo Díaz, 95; I. R. de Euzkadi, 1.000; J. F. Lema, 18.100; Agrupación Venezuela, 7.765; Manuel Ruiz, 100.  
Suma y sigue . . . . . 73.052

# DON DIONISIO TERRER HA MUERTO

Nuestro entrañable don Dionisio Terrer nos ha dejado para siempre. La pluma se resiste a registrar tan triste realidad, porque en lo más profundo del alma resentimos todos el vacío que su ausencia nos produce, el desconsuelo de haber perdido a un amigo bueno, un compañero leal, un consejero juicioso y lleno de experiencia cuyo concurso y orientación nos eran tan necesarios en los momentos difíciles que vivimos. Nunca quiso nada para él; su existencia estuvo consagrada por entero al servicio del prójimo; sin distinción ni preferencias acudió solícito siempre a mitigar el dolor de los compatriotas, con una generosidad y un desprendimiento ejemplares, con riesgo para su salud, minada por la terrible enfermedad que le ha llevado a la tumba.

A él debe la emigración española la organización de «Solidaridad Republicana», entre otras muchas cosas fundamentales que no se olvidarán jamás.

Terrer, funcionario de la carrera judicial desde muy joven, magistrado de Audiencia, amigo y colaborador de nuestro Marcelino Domingo, fué director general del Instituto de Reforma Agraria en los días en que la República naciente pugnaba por cambiar la fisonomía del campo español. Terrer laboró con eficacia en aquel período y su obra perdura. Elevado después a la categoría de Magistrado del Tribunal Supremo cumplió con su deber escrupulosamente sin que sus enemigos políticos pudieran formularle el menor reproche. Su vida en el exilio, llena de sacrificios, se caracterizó por su sano optimismo, por una plena confianza en el futuro. El Gobierno de la República le ha rendido el homenaje a que nuestro amigo tenía derecho, concediéndole a título póstumo la encomienda de la Orden de la Liberación, de la cual el finado fué el primer Canciller. Al acto de su entierro asistieron, con el Presidente de la República, los Ministros que se encuentran en París y numerosísimo público.

Descansen en paz el gran corre-

ligionario y reciban su viuda e hija el testimonio de la emocionada solidaridad de Izquierda Republicana.

## Fallecimiento del señor Casares Quiroga

El día 17 de febrero falleció en París, en donde vivía con su hija, apartado de toda actividad política, nuestro ilustre amigo y correligionario respetado don Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros de la República Española en el momento de producirse en nuestro país la agresión fascista contra el régimen legítimamente establecido.

El señor Casares Quiroga, luchador republicano desde los primeros años de su juventud, contribuyó arduosamente al derrocamiento de la monarquía borbónica. Fué miembro del Comité Revolucionario que presidió el señor Alcalá Zamora y Ministro en el Gobierno provisional de la República. Al ocupar el señor Azana la jefatura del Estado en mayo de 1936, el señor Casares Quiroga le sucedió en la presidencia del Gobierno.

El señor Casares Quiroga vino al exilio ya muy enfermo, consagrando a su familia los últimos años de su vida.

POLITICA se inclina respetuosamente ante la noble figura republicana desaparecida y envía a la hija del finado la sincera expresión de su dolor.

## Ha muerto la madre de don José Ballester Gozalvo

El 31 de diciembre último murió en Valencia doña Enriqueta Gozalvo, madre de nuestro entrañable amigo y correligionario don José Ballester Gozalvo, Subsecretario de Estado del Gobierno de la República Española.

POLITICA se asocia, condolidamente, a tan sensible pérdida.

# El Gobierno de la República Española...

(Viene de la segunda página).  
minal que ha reducido su población trabajadora en más de un millón de hombres y arrojado al destierro a lo más granado de los elementos científicos y técnicos. Nadie profesa entre nosotros la concepción catastrófica que hace de la miseria la palanca de los movimientos históricos, ni confunde el espíritu civil con el odio que engendra el sufrimiento cruelmente prolongado. Fueron los pueblos sobrios, duros y tenaces — no deben de olvidar esto los potentados de hoy — los que llevaron a cabo las empresas más trascendentales y gloriosas. Pero los pueblos pobres que han hecho, y seguirán haciendo, lo más rudo de la historia no son los pueblos famélicos y miserables.

El español normal es capaz de distinguir entre la ayuda que se ofrece a la patria y el apoyo que se presente al régimen que la esclaviza. La verdadera ayuda al país necesita para ser tal obedecer a las condiciones naturales del movimiento económico, responder a las necesidades recíprocas de los pueblos y comenzar por manifestarse libre de todo intento de explotación y de todo espíritu de corrupción. Para un capitalismo sano, la España de Franco no es ni puede ser «campo de inversiones», como se dice en la jerga financiera. El régimen de Franco es como una tierra seca y ardorosa y absorbería los chorros de oro de modo absolutamente improductivo. La dictadura no es sólo el despotismo político; es la inmoralidad adm-

nistrativa y la orgía económica; tanto como el patibulo y la cárcel, es símbolo de esta clase de regimenes un tonel sin fondo. Nada es bastante para el aparato de fuerza que suplanta a la opinión pública y la corrompida burocracia que hace las veces de Gobierno. Un ejército sin soldados con veinte mil oficiales y jefes es un parásito monstruoso aún para la economía más frondosa. Y lo que el ejército de dominación no consume lo devoran los parásitos secundarios, no menos ávidos por subalternos. La miseria de la España de Franco es esto: una gusanera hedionda. Y hay que cuidarse mucho de confundir la codicia de los gobernantes, que necesita cebo, con el hambre del pueblo, que se pretende explotar.

Toda pretendida ayuda económica a España no sería, pues, sino un subsidio a Franco, la soldada del dictador y el entretenimiento de su siniestro equipo. No serviría sino para reforzar cerros y mordazas y apuntalar las prisiones que se hunden al peso de los reclusos. Sería el presupuesto macabro del verdugo. Lejos de favorecer al pueblo español remacharía sus cadenas. Y resultaría, a la postre, un mal negocio, aún prescindiendo de toda consideración de orden moral. Porque no es de creer que un gobierno honesto que suceda al régimen de Franco reconozca como deuda nacional la contraída por el usurpador de la soberanía española a fin de mantenerse en su execrable dictadura.

## Conjuro revolucionario en vez de gesto pacificador

Si el Secretario Dean Acheson, al hacer sus declaraciones, tuvo el propósito de contribuir a la pacificación de España procurando la evolución democrática de la dictadura, puede dárlo por fracasado desde el momento mismo de la publicación de su carta. Esta no satisfizo, a causa de sus reservas y reticencias, a los defensores de Franco y concitó las iras de los enemigos del dictador; es la suerte reservada a las combinaciones híbridas de toda política artificiosa e insincera.

El régimen actual de España no es susceptible de transformación ni el propio Franco podría hacerlo aunque quisiera. No es probable que el dictador, más hombre de armas que de letras,

haya leído a Quevedo, pero no dejará de saber por intuición la profunda filosofía de la siguiente máxima del gran polígrafo: «Los tiranos son tan malos que las virtudes son su riesgo. Si prosiguen en la violencia, se empeña; si se reportan, los despeña; de tal condición en su iniquidad que la obstinación los edifica y la enmienda los arruina».

El problema de España no consiste en camuflar la dictadura; consiste en devolver al pueblo español la soberanía de que fué despojado. Y para ello no hay más camino que el que arranca del inmortal discurso de Roosevelt sobre «las cuatro libertades» y van señalando, después de la Carta del Atlántico y la Declaración

de las Naciones Unidas, los hitos de Yalta, San Francisco, Potsdam, Londres y Nueva York. En vez de desandar esa ruta, lo que procede es seguirla hasta el fin, y si las medidas hasta ahora adoptadas contra la dictadura española no han tenido eficacia bastante, sustituir las por otras de mayor rigor. Si se desea sinceramente la instauración en España de un régimen democrático, lo que exige ante todo el derrocamiento de Franco, es deber ineludible favorecer y estimular, con los poderosos recursos de que las grandes democracias disponen, y sin necesidad de nada que implique material intervención, a las fuerzas que del interior del país y en el destierro luchan por libertar a su patria de la dictadura. Y no se les favorece y estimula, sino que, por el contrario, se las debilita y deprime con actos como el realizado por Dean Acheson y a la vez impedir su desarrollo y fortalecimiento, rebasa, dicho sea con eufemismo, el mayor desenfado. Proclamar la necesidad de una alternativa a la dictadura y apoyar a ésta directa o indirectamente es juego político demasiado frívolo y demasiado peligroso. Los auspicios de 1950 son harto premonitores para que puedan desdeñarlos los hombres de Estado de las democracias.

El Gobierno de la República Española en el destierro, al dirigirse a la opinión pública internacional, no ha incurrido nunca en vanos alardes impropios de su representación y de su responsabilidad. En el lenguaje que le dicta el respecto a sí propio y a la causa que defiende no caben el insulto ni el desquite. Al expresar el hondo dolor que la carta de Dean Acheson al senador Tom Connally le produjo no quiere producir agravios ni provocarlos. Aún espera en el gran pueblo de los Estados Unidos, cuya fuerte democracia tiene el poder de rectificar los errores de sus gobernantes, y donde tantos amigos cuenta la República Española. Y en su convicción inquebrantable de que este régimen, última manifestación de la voluntad nacional, es la única solución posible a la crisis de España, deplora amargamente que en vez de ofrecer al pueblo español caminos legales se le obligue a escoger entre la sumisión abyecta y la apelación a la violencia a la que le conjuran los árbitros de la guerra y de la paz.

# POLITICA

Año V — Núm. 79

Paris, 25 de Febrero 1950

10, Rue des Pyramides  
PARIS 1<sup>er</sup>. - Bureau n° 25.

## CON MOTIVO DE UN EXABRUPTO

por Félix Gordón Ordax

EN la viva discusión de prensa que suscitaron las relaciones en La Habana de D. Angel Lázaro con unos poetas falangistas llegados de España, D. Enrique Pagés Montagu destacó el contraste entre dichas relaciones y el hecho de que el señor Lázaro no hubiera conversado conmigo durante mi reciente estancia en esa bella capital. Poco tiempo antes había escrito el señor Lázaro que asistió a una recepción en honor de tales poetas porque le dió la gana. Si a la observación del señor Pagés hubiera contestado asimismo que no me visitó a mí porque no le había dado la gana, yo nada tendría que objetar. Y mucho menos me hubiese permitido juzgar su conducta en el caso debatido. Al señor Lázaro le sobran talento, experiencia y años para saber bien lo que hace y por qué lo hace. Pero se ha creído obligado a ofenderme gravemente en su contestación y eso no lo puedo pasar en silencio.

### EL GOBIERNO DE MEXICO

firme en su posición  
antifranquista

LA posición del Gobierno de México, con respecto al franquismo sigue siendo de la misma firmeza, aun cuando la propaganda de la dictadura haya puesto en circulación especies diferentes.

Un periódico tan significado por su tendencia conservadora como « Excelsior », generalmente bien informado de los propósitos de la Secretaría de Relaciones Exteriores concreta así la actitud de México:

« No será modificada la política de México en relación con el régimen del general Francisco Franco, como consecuencia de la nueva actitud que Washington ha asumido hacia ese Gobierno, porque la actitud de México está basada en principios y no en razones de conveniencia, según se indicó en una fuente bien informada.

La cuestión, en caso de ser sometida a la ONU, no afecta a nuestro país. En efecto, cuando se pidió a los miembros de la Organización de las Naciones Unidas que retiraran a sus jefes de misión de Madrid, nuestro país tenía ya una política definida en el caso de España al reconocer como legítimo al Gobierno Republicano Español.

En consecuencia, se nos dijo, al reconsiderarse aquella actitud y en caso de que se recomiende la reanudación de relaciones diplomáticas con el Gobierno del general Francisco Franco, tal recomendación no puede dirigirse a nuestro país ».

### El homenaje de la República al Presidente Herriot

RECIENTEMENTE tuvo lugar el acto de imposición de las insignias de la Orden de Liberación de España al Presidente de la Asamblea Nacional de Francia, el eminente republicano Eduardo Herriot. El acto tuvo una gran resonancia y puso de manifiesto la compenetración que existe entre los demócratas españoles y franceses, concurriendo numerosas personalidades. El señor Presidente de la República, don Diego Martínez Barrio, impuso las insignias al Presidente Herriot. El Vicepresidente del Gobierno Republicano, don Fernando Valera, pronunció un discurso en homenaje a tan insigne amigo y, por último, el Presidente Herriot dió las gracias reiterando su fidelidad a la causa de la libertad y de la República en España.

### NECROLOGICA

Ha fallecido en Toulouse, el 27 de Enero pasado, nuestro correligionario don Pascual Sanz Allué, buen amigo y excelente republicano.

El finado pertenecía a la Agrupación de Barbastro (Huesca), en cuya población había desempeñado cargos políticos de importancia, designado por el Partido.

A su señora viuda e hijo José María, les transmitimos nuestras condolencias.

A mí me sorprendió no verle en ninguno de los dos actos públicos republicanos que realicé a mi paso por La Habana y pregunté a D. Pascual Morán y a otros amigos si estaba ausente de la ciudad. En esa pregunta, que me fué contestada negativamente, se cerraba mi interés por él. D. Angel Lázaro trabajó a mi lado en la Embajada de España en Cuba, asistió conmigo a varios de los numerosos actos en favor de nuestra República que celebré por todo ese territorio nacional, muchas veces hablamos en Méjico cordialmente después del desastre y le creía amigo mío. Pero ahora resulta que no solamente no lo es, sino que me considera un delincuente por formar parte del Gobierno republicano en el exilio, que, según él, está malversando el dinero de los refugiados y es peor que los monárquicos y los franquistas arrepentidos porque « ha quitado fuerza moral a la causa republicana en América, aparte de estorbar la solución del problema de España ». Yo supongo que cuando al señor Lázaro se le haya pasado la calentura polémica habrá comprendido la injusticia de esos brutales e impremeditados ataques. Pero por si así no fuera, voy a procurar convercerle de su error.

Se puede estar conforme o disconforme con la existencia de las instituciones republicanas en el destierro. Ambas posiciones son perfectamente lícitas. Pero ni los conformes tienen derecho a injuriar y calumniar a los disconformes ni éstos a hacerlo respecto a aquéllos. Esta norma esencial para la convivencia republicana la han olvidado desgraciadamente muchos en el transcurso de nuestra penosa emigración, y ahora se le pasó a D. Angel Lázaro, persona que me pareció siempre muy ecuánime. Por ello se está haciendo cada vez más difícil que se restablezca la confianza entre nosotros, y sin esta confianza nos faltará el elemento fundamental para que la cooperación futura, indispensable, se reanude y sea eficaz.

De dónde ha sacado el señor Lázaro que el dinero que trajo de España el Gobierno de la República pertenecía a los refugiados? Ese dinero era del Tesoro Nacional y solamente porque subsiste la legitimidad de nuestras instituciones se tuvo derecho para expatriarlo y para emplearlo en el exilio, a reserva naturalmente de rendir cuentas en su día ante la legalidad restablecida en nuestra patria. Si por el triunfo violento del franquismo con auxilio extranjero hubiera desaparecido la legitimidad de la República, ese dinero debería estar en poder del Gobierno actual de España. Pero en ningún caso, ni para los legitimistas ni para los antilegitimistas, pertenecía propiamente a los refugiados.

Primero el S.E.R.E., en nombre y representación del Gobierno presidido por D. Juan Negrín, y después la J.A.R.E., por delegación de la Diputación Permanente de Cortes en D. Indalecio Prieto y otros republicanos, estuvieron administrando e invirtiendo aquellos fondos, en su mayor cuantía para atender lo posible a las necesidades ingentes de la emigración republicana, pero también y muy singularmente para cubrir los gastos ocasionados por la actuación política de tipo oficial u oficioso. Así, por ejemplo, con ese capital se atendió a todas las erogaciones de la Junta Española de Liberación, en que hubo capítulos de relativa importancia financiera como el de la actuación en San Francisco. Ultimamente, al disolverse la C.A.F.A.R.E. y entregar el Gobierno de Méjico al de la República Española lo que restaba de los fondos de la J.A.R.E. que aquél había incautado, fué nuestro Gobierno el depositario, administrador y utilizador de ellos. Nadie con representación en nuestro régimen se opuso a tal cosa, por-

que legítimamente no podía oponerse nadie.

Habría sido, por lo tanto, falso en todo momento lanzar contra los Gobiernos de la República en el exilio una acusación como la hecha por el señor Lázaro. Pero alcanza la cúspide de la injusticia el acto de formularla precisamente contra el Gobierno actual, que tan sólo recibió algunos sobrantes de aquellos fondos al comenzar su actuación, que ha efectuado una drástica reducción en toda clase de gastos y que vive con muchísima modestia y principalmente merced a las ayudas dinerarias que él mismo se proporciona. El Gobierno de que yo formo parte, señor Lázaro, no le ha quitado nada a nadie y está dando un ejemplo de austeridad administrativa que debiera merecer otra clase de comentarios. Y no tenemos por qué ocultar nuestra penuria de medios económicos, contrariamente a lo supuesto por el señor Prieto en estas frases de muy dudoso gusto, que tomo de su interviú para « Bohemia » con D. Lelio Alvarez:

« Ya la legitimidad republicana se reduce a un escaparate deslucido en una tienda vacía. Poseo testimonios irrecusables de que, en la intimidad, algunos tenderos del legitimismo confiesan que carecen de existencias. Si no lo proclaman públicamente es porque padecería su amor propio siguiendo a quienes hubieron de vaticinar su quiebra. »

Era fácil vaticinar la quiebra monetaria de un Gobierno que no cobra impuestos. El señor Prieto está en lo cierto y sus confidentes no necesitaban haber husmeado en la intimidad para enterarse de que el Gobierno republicano está en pésima situación financiera. No tenemos ningún empacho en confesar públicamente —yo se lo digo a todo el mundo— que « carecamos de existencias », como con tan poca delicadeza ha dicho el señor Prieto, por la suprema razón de que se nos entregó muy poca cantidad de ellas, y eso que en vez de dilapidarlas hemos procurado estirarlas e incrementarlas con diversas aportaciones. Pero en tienda vacía y a través de su escaparate deslucido el Gobierno republicano, con los hombres actuales o con otros, seguirá su lucha por la libertad de España, procurando siempre no agraviar a ningún afín y lamentando la propensión de algunos de ellos a agraviarlos a nosotros.

Al señor Lázaro le duele que dispongamos de representantes diplomáticos y consulares. ¿Por qué si no cuestan nada y prestan notables servicios? Tenemos Encargados de Negocios, Cónsules, Agentes oficiosos y hasta Ministros del Gobierno que no cobran ni un centavo de sueldo, cosa que seguramente ignora el señor Lázaro, como tampoco parece saber que en este « pomposo » Gobierno los que cobran algo es tan poco que no les basta para atender a las necesidades más perentorias de su vida, y debe advertirse que la mayor parte de los que así viven hoy abandonaron posiciones de trabajo muy firmes y productivas para servir este gran « negocio » que es el Gobierno de la República Española en el exilio.

Y vamos con el segundo punto. Si los hombres del Gobierno republicano somos peores que los monárquicos y los fascistas arrepentidos porque hemos « quitado fuerza moral a la República en América », esto parece indicar que los fascistas arrepentidos y los monárquicos son mejores que nosotros porque le están restituyendo en América a la República la fuerza moral que nosotros le habíamos quitado. El señor Lázaro no podrá demostrar nunca ni lo que afirmó ni lo que permite suponer. A cinco Jefes de Estado acabo de visitar en este continente. De tres de ellos escuché palabras de simpatía para la actuación del Gobierno de la República Española y ninguno de los (Sigue en la página tercera)

## PASQUINES

por MARIO AGUILAR

### Los Pirineos nunca han sido una barrera militar

LA decisión de Acheson, desviando hacia Franco la política americana, no obedece, por su parte, ni a planes, ni a principios políticos. La España franquista, políticamente, es antípoda de los Estados Unidos, y Acheson de Franco. No juega en el viraje achesoniano más que la presión del Pentágono, de los militares yanquis y de los parlamentarios que les secundan por su errónea creencia de que los Pirineos poseen un enorme valor militar de resistencia. En caso de invasión, Europa occidental haría del bastión pirenaico, la última línea de resistencia y la primera de la contraofensiva.

Se pretende reproducir en Europa, los avatares de nuestra Reconquista. Los Pirineos serían la reproducción de la cordillera asturiana, en el siglo VIII, y Covadonga aparecería en cualquier comarca peñascosa de Cataluña, Aragón o Vasconia. Moros y cristianos, otra vez y al por mayor. Pero los sostenedores de la tesis pirenaica, desconocen, abultadamente, la historia de España, incluso la elemental. Cualquier niño español, les diría que nunca el maestro le explicó, ni él leyó en los epitomes históricos, una victoriosa acción guerrera en los Pirineos considerados como un parapeto geográfico. Menos aún atestiguarían la virtud mural de los Pirineos, quienes saben, minuciosamente, los caminos de invasión de España. No hay Pirineos, militarmente. No los ha habido nunca. No negamos que pueda haberlos fortificándolos previamente, pero desde que España es España, jamás hubo resistencias pirenaicas.

HASTA el siglo V, las invasiones se hicieron por el Sur y el Este de España y por mar. Por él llegaron los capsianos y los iberos, los fenicios, los griegos y los cartagineses. Por mar —y por tierra—, los romanos y los árabes. El primer pueblo que no entra en España por el Sur son los germanos y lo hacen por los Pirineos. Los suevos, los vándalos, los alanos y, finalmente, los visigodos, pasan por los Pirineos, los Orientales, los del Rosellón, muy accesibles, y no hallan ninguna resistencia. Los godos se establecieron tierra adentro y por los Pirineos ya no resuenan voces de guerra hasta que Carlomagno, en el siglo VIII, reciente la marea musulmana, envía a España varias expediciones que llegan a Zaragoza y fundan la Marca Hispánica, y ni moros vencedores, ni cristianos vencidos, se le oponen en los Pirineos. Es luego, al regresar de Zaragoza, cuando se le oponen los vascos y derrotan a su retaguardia. Es Roncesvalles, donde nace la « Canción de Rolando » y uno de los lugares comunes del lirismo patriótico español. Caso curioso. Los Pirineos actúan militarmente, pero al revés de como imaginan los senadores americanos. Sirven para derrotar retaguardias que van de España a Francia, no vanguardias invasoras, y esa curiosidad guerrera, vuelve a producirse en Cataluña, con los franceses de Felipe el Atrevido, que atraviesan los Pirineos a finales del siglo XIII, entran en Cataluña hasta Gerona y es sólo al retirarse, en el « coll » o puerto de Panissars que derrotan a los franceses los catalanes de Pedro III. Cinco siglos después de Roncesvalles, se operaba el mismo fenómeno, depresivo para los Pirineos: una tropa era vencida en ellos, no al penetrar, sino al salir.

TODO esto no es rebuscado, sino historia elemental y accesible, ignorada por casi todos en cuanto se dejan los Pirineos. A nuestra tierra se la ha embestido casi siempre por mar, e incluso Franco lo hizo, con tal rareza cronológica, que el 19 de julio desembarcaba en Algeciras, como el 19 de julio del 711, lo hicieron los árabes. Por los Pirineos, rara vez, y cuando este embestimiento se ha producido, por unos pocos batallones o por un gran ejército, los embestidores han pasado la barrera pirenaica como si las temibles alturas fueran alcobres recreativos. Las guerras de los Austrias españoles con los Valcis y los Borbones franceses, se desarrollaron lejos de los Pirineos, que los españoles, entonces, como los alemanes de hoy, llevaban la guerra lejos de su tierra, y los Pirineos, no vieron tropas francesas más que cuando la sublevación de Cataluña en 1640, y entonces, del Mediterráneo al Cinca, no había Pirineos. Pasa siglo y medio, la Convención declara la guerra a España por las impertinencias de Carlos IV, y esta vez, los franceses revolucionarios llegan a los Pirineos, los cruzan y toman Figueras, y si hay una batalla enconada no es en las gargantas pirenaicas, sino en la Muga, cerca de Figueras, « arroyo aprendiz de río », donde nos bañábamos siendo niños, y, episodio raro, en esa batalla, morían los dos generales: el francés, Dugommier, y el conde de la Unión, el español. Pero el choque fué en el Cinca, lejos del Pertús. Y mientras Dugommier huella los Pirineos ampurdaneses, el general Moncey entra en los Bajos Pirineos, por Hendaya-Irún, y no se detiene hasta Bilbao.

Llega la epopeya napoleónica y Bonaparte penetra en España para rehacer el trono de su hermano José. ¿Hay alguien, guerrilleros o tropas regulares, que le hostilicen en Navarra o en Guipúzcoa? Nadie. El conato de resistencia española, se realiza en Somosierra, no en los Pirineos. Y a los Cien mil hijos de San Luis, en 1820, les bastan unos cañonazos para dispersar, en el Bidasoa, a los ingenuos jacobinos de Armand Carrel. Desde entonces, los valles pirenaicos, no han visto más que guerras civiles y no temiendoles mucho, una partida sindicalista, se entrará por Navarra en los tiempos de Primo de Rivera, y Maclá, pondrá su campamento en Prats de Mollo. Los sitios abruptos que han de contener a las hordas euro-asiáticas, no intimidaron a unos frustrados guerrilleros, como antes no habían atemorizado a Mina, a Valdés y a Chapalanguarra.

DEJEN en paz los senadores americanos a los Pirineos, buenos lugares para pesca de truchas, caza de cabras montesas, fuentes termales y rincones para comer arroces y costillas. Los buenos Pirineos, no tienen alma guerrera, sino gastronómica y peripatética. La gente, los historiadores, nunca llamaron a ninguna guerra, guerra de los Pirineos, sino del Norte, cuando los carlistas, o del Rosellón cuando la Convención, y al revés, al reconciliarse Francia y España, después de lo de Cataluña, al tratado se le llamó Paz de los Pirineos. Sólo los senadores americanos ignoran todo esto, y será cuestión de enviarles unas Historias de España para que sepan que los Pirineos son militarmente, algo así como los Alpes de Tartarín.

## Otros 16 fusilamientos en Barcelona

Copiamos de « C. N. T. »:

« BARCELONA. — En la madrugada del día 9 de febrero fueron fusilados clandestinamente en el fatídico Campo de la Bota dieciséis ciudadanos enemigos del régimen. Presenciaron este asesinato solamente un cura y un oficial del ejército. Para evitar la reprimenda del mundo civilizado este crimen, y los nombres de las

víctimas, no han sido comunicados a la prensa. Sin embargo, sabemos que López Penedo está entre ellos.

Ofrecemos este sangriento ramillete a las democracias que le dan la mano al asesino Franco. »

Director: Alfonso Ayensa

este crimen, y los nombres de las imprentas S.P.I. 4, r. Saulnier-Paris

151

El Gobierno  
de la República Española en el destierro  
a los Gobiernos y a la opinión pública  
de todos los países democráticos

Ajeno a las luchas de los bandos y facciones en que la humanidad, como antes los pueblos bajo sus campanarios, se halla dividida, rota la unidad de la comunidad cristiana antigua y perdido todo sentido ecuménico, el Gobierno de la República Española en el destierro se dirige a todos los Gobiernos democráticos del mundo exponiendo, una vez más, la injusticia sangrante de que el pueblo español viene siendo víctima. Con la autoridad que dá la razón y la fuerza moral que en la desgracia se acrecienta, el Gobierno Republicano Español, que representa a una legalidad derrocada por la criminal intervención extranjera y a un pueblo abandonado a los rigores de la tiranía por la insolidaridad de las democracias, se siente capaz de enjuiciar serenamente, rectamente, imparcialmente, la difícil y peligrosa situación en que el problema español ha sido colocado por las últimas evoluciones de la política internacional. Y a tal espíritu responden las consideraciones siguientes acerca de tan importante suceso - más importante, quizá, por el ruido de la crónica que por el valor sustancial de la actitud - como:

La carta del Secretario de Estado Dean Acheson  
al senador Tom Connally

De tal documento se apoderó inmediatamente la pasión política para ensalzarlo o denigrarlo según la tendencia de las fuerzas internacionales en pugna. Y la frivolidad se sumó con regocijo a lo que hay en todo apasionado debate de estridencia y de escándalo. Madrid -el Madrid oficial- fué más prudente y cauto en sus juicios. Era fácil

...

A cinco columnas el "chepeor"

letra del Romano

3 veces  $19\frac{1}{2} = 58\frac{1}{2}$

A 1 columna - 7 Romano

advertir a la primera lectura las contradicciones del documento. La experta y hábil pluma del redactor no disimulaba las reservas con que se proponía neutralizar las concesiones que pudieran suscitar más esperanza en el ánimo de los partidarios de la dictadura española. El documento se dirige a la vez a republicanos y a demócratas -aún siendo un demócrata el destinatario- como para acallar las disputas que entorpecen la marcha general de los negocios y reducir la oposición en las Cámaras a los proyectos del Gobierno. Se trata de contentar a los parlamentarios turistas que exhiben en Washington una España a vista de pájaro miope y a los exportadores que tienen sus mercancías amontonadas en los muelles de Nueva York. En suma, la carta de Acheson al senador Tom Connally más parece un recurso, un expediente de política interior que un acto de trascendencia internacional decisiva. Con todo, por el peligro de ello que tiene de claro y el riesgo en la interpretación de lo que ofrece de ambiguo, por el refuerzo que significa, aún en sus términos más dudosos, para el régimen de Franco en bancarrota y por el aliento que puede llevar a los defensores del fascismo en Europa y en América, el documento del Secretario de Estado Dean Acheson justifica la alarma que ha producido y merece ser considerado en toda su indudable gravedad.

Valor y eficacia de la resolución de la O.N.U.

de 1946

En la resolución adoptada por la Asamblea de las Naciones Unidas en 12 de diciembre de 1946, culmina una serie de declaraciones que tienen como punto de partida la carta del Atlántico de Agosto de 1941. En este inolvidable -aunque por lo visto, olvidado- documento, lanzado cuando los soldados de Hitler tenían la planta asentada sobre toda Europa, se prometía la devolución de la soberanía plena y el libre ejercicio del gobierno a cuantos pueblos hubieran

sido privados de ellos por la fuerza. Siguió, tras la Declaración de las Naciones Unidas de 1° de enero de 1942 y la Conferencia de Teherán de diciembre de 1943, la trascendental Declaración de Yalta de 1945, en que las tres grandes potencias democráticas, Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia, se comprometían a ayudar a los pueblos de Europa liberada, y a los de los antiguos Estados satélites del Eje, entre los que indiscutiblemente se encontraba España, a resolver por procedimientos democráticos sus problemas políticos y económicos más urgentes y a la restauración de los derechos soberanos y de auto-gobierno en provecho de aquellos pueblos que habían sido privados de ellos brutalmente por las potencias de agresión. Era, manifiesto, sangrante, el caso de España, cuyas instituciones republicanas, y con ellas todas las libertades, habían sido destruidas por las armas de Hitler y Mussolini al servicio de los rebeldes contra el régimen legítimo de su país, como debían declarar después solemnemente las propias Naciones Unidas. A esta inspiración responde la resolución de San Francisco de junio de 1945, que declara inaplicable la Carta de las Naciones Unidas a "Estados cuyos regímenes han sido establecidos con la ayuda de fuerzas militares de los países que han luchado contra las Naciones Unidas mientras esos regímenes permanezcan en el poder". Hay, después, la Declaración de Potsdam de 2 de agosto del mismo año, suscrita por los Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña, en que los tres Gobiernos afirman que "no apoyarán el ingreso en las Naciones Unidas del Gobierno de Franco", "el cual, establecido con la ayuda de las Potencias del Eje, no posee, dados sus orígenes, su naturaleza y su estrecha asociación con los países agresores, las cualidades necesarias para formar parte del organismo". Y la Asamblea de Londres de febrero de 1946 reitera las declaraciones de San Francisco y de Potsdam. La resolución de las Naciones Unidas de 12 de diciembre de

1946 no es, pues, una novedad, una improvisación, una sorpresa, un arrebato debido a las circunstancias del momento; es menos el resultado de una manobra en el sentido de un organismo que todavía no se halla dividido en bloques ni es aún teatro de las enconadas luchas de la guerra fría. Es la consecuencia, lógica en cuanto a los principios políticos y necesaria conforme a las premisas porales, de toda una serie de manifestaciones, declaraciones y resoluciones anteriores que tienen el valor y el prestigio de actos de los más importantes Gobiernos y del más alto organismo internacional. Derogar esa resolución, suprimirla, borrarla, sería tanto como borrar de la historia la guerra por la democracia y por la libertad de los pueblos; olvidar los millones de muertos y todas las crueldades horribles de que fué la primera víctima el pueblo español. Y considerarla como un error en que se ha persistido distraídamente, inadvertidamente, sería tanto como demostrar ante el mundo que la más encumbrada diplomacia no es sino un juego de una espantosa frivolidad.

Lo convencional en la diplomacia, aún siendo ésta del estilo más desenfadado, tiene un límite infranqueable, que es el respeto a la evidencia de los hechos. Y ese límite, que la diplomacia del Estado más poderoso no puede rebasar aunque quiera, se traspasa cuando se dice que la resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946 sólo sirvió para vigorizar el régimen de Franco, y para unir en torno al dictador, por patriotismo, por españolismo, a la gran mayoría del pueblo. Si lo primero fuese cierto, todos los órganos de publicidad del Estado fascista español pedirían a grito herido que se mantuviera el boicot internacional contra Franco, en vez de combatir con las mayores violencias de lenguaje, al modo chabacano de la demagogia falangista, tanto la resolución de la O.N.U. como a sus más ilustres defensores y a los países que representan. Y en cuanto a lo segundo, si puede darse el caso de que un pueblo se agrupe en torno

a un dictador cuando la independencia del país es amenazada o el honor nacional gravemente ofendido, los ataques a la tiranía que se producen en el exterior confortan a la opinión independiente de dentro, cuyo júbilo se manifiesta en la forma que la vigilancia policíaca consiente. Prueba de ello, la singular, extraordinaria simpatía de que en España goza México, el México de Cárdenas, de Avila Camacho y de Alemán. La silueta de un artista, el esbozo de una danza o el preludio de una canción mexicana son bastante para que el entusiasmo del público desborde en los cines y en los teatros. Es el amor y la gratitud hacia el pueblo en que viven libres los padres, los hermanos, los esposos, los hijos, al amparo de un Estado que afirma los principios que tantos olvidan y practica la solidaridad democrática que tantos ignoran negándose a reconocer el régimen espurio que avasalla y deshonra a España.

Y si la resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946 no fué todo lo eficaz que debiera, la culpa no es del pueblo español, ni puede atribuirse a ninguna modalidad psicológica suya, sino del propio organismo internacional que la dictó y cuyo Consejo de Seguridad no cumplió las recomendaciones que le hizo la Asamblea. Porque éstas no se limitaban al retiro de los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid, sino que además de excluir a la España de Franco de todos los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas o que tengan nexos con ellos, así como de la participación en conferencias u otras actividades de los Estados miembros "hasta que se instaura en España un Gobierno nuevo y aceptable" encomendaban al Consejo de Seguridad, si dentro de un plazo razonable no se constituía en España un Gobierno que garantizara los derechos fundamentales y convocara al pueblo a elecciones libres, la adopción de las medidas necesarias para remediar tal situación. Nada hizo el Consejo, no obstante agravarse en España las manifestaciones de la

tiranía, como lo demuestran informaciones y estadísticas que corren por el mundo, y nada hizo la Asamblea en sucesivas reuniones, a pesar de las voces tan autorizadas como elocuentes que resonaron en su tribuna. Por el contrario, se consintió que pequeños Estados -pequeños unos por su extensión y otros por escasa autoridad moral- desconocieran irreverentemente la resolución de diciembre de 1946 y enviaran a Franco como un obsequio los embajadores o ministros de sus dictadores de mayor o menor cuantía, ya que no de sus pueblos. Legisladores que no se rasgan las somas vestiduras, sino que se las dejan salpicar de indelebiles motes irónicas. Y así se llega -mientras Franco, el homúnculo surgido de la retorta de Hitler y Mussolini, debelador de masones ya que no pudo serlo de imperios, se burla de los colosos de la democracia, ante todo anhelantes de hacerse perdonar el triunfo sobre el nazismo y el fascismo- al anuncio de saldo del franquismo en liquidación de inusitada bancarrota internacional.

Disimilitud entre el caso de Rusia y el de  
la España de Franco

El argumento de que si se mantienen relaciones diplomáticas normales con la Rusia soviética y los Estados de su esfera de influencia no hay razón para no sostenerlas de igual modo con la España fascista es simplemente una falacia. Prescindiendo de toda comparación entre los dos regímenes, el soviético, plausible o vituperable, no se debe a la intervención extranjera, sino a un gran movimiento de la historia del mismo pueblo ruso, el cual es un hecho nacional inconfundible. La Rusia soviética existe desde 1917 y uno de los primeros Estados en reconocerla fué la Italia de Mussolini. Las democracias europeas, aun dirigidas por estadistas conservadores, habían celebrado pactos con ella, no considerándola extraña a la vida continental. Pero, sobre todo, la Rusia soviética fué un aliado de la Gran Bretaña y de los Esta-

dos Unidos en la lucha contra las potencias del Eje. En qué medida el esfuerzo soviético contribuyó a la victoria común es asunto que corresponde a los técnicos. Más el heroísmo ruso, que atestiguan millones de muertos, pertenece a la historia universal, en cuyas crónicas figuran entrelazados, en juntas y conferencias memorables, los nombres de Roosevelt, Churchill y Stalin.

Y los Estados llamados hoy desdeñosamente satélites de Rusia, cuyos regímenes tampoco importa considerar de momento, figuraban entonces en la gran constelación que se oponía a la totalitaria, y giraban indistintamente alrededor de las grandes estrellas del firmamento democrático. Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia tenían en Londres sus gobiernos en el destierro. Y no se pedía a los caudillos que en los países invadidos luchaban por la independencia nacional su cédula política, sino que eran aplaudidos y exaltados como héroes, no habiéndose formado tampoco ningún comité para investigar, el día del triunfo, la documentación de los libertadores.

La España de Franco fué, por el contrario, un aliado de Hitler y de Mussolini. Llegó en las manifestaciones de solidaridad con las potencias agresoras a la mayor insolencia. Felicitó a Hitler victorioso mediante despachos en que el entusiasmo era adulterado por la adulación y el servilismo. Celebró la caída de París con ignominiosa alegría. Creó obstáculos y dificultades en Marruecos, pretendiendo apoderarse de Tánger, y alimentó a los submarinos alemanes e italianos en el Mediterráneo y en el Atlántico. Envío a Rusia la Legión Azul para dejar constancia de su intervención material en la guerra. Sometió al pueblo español a las privaciones más crueles en beneficio de los combatientes totalitarios. Y donde no podían llegar las armas impotentes eran dirigidos el insulto y la proscandía. Todas las inepticias, todas las estolideces que la incomprensión del espíritu anglo-

americano sugirió a los ingenios más romos de los países latinos eran recogidas y recopiladas en artículos y panfletos. Se designaba en las aulas a la revolución inglesa por su carácter hipócritamente puritano y tiránicamente anticatólico. Los Estados Unidos particularmente eran objeto de los ataques más soccos. El sentido materialista o inferior de su civilización figuraba como un tema en los programas de la enseñanza secundaria. Otro tema era la inmundicia financiera de la gran República. ¡ Quién lo hubiera dicho a los excursionistas periféricos del Capitolio y a los plantadores y dueños de rebaños de la Florida y de Texas que se enternecían con las angustias del dictador español! Bien informados, no se hubieran dejado ganar por la superchería.

### los Estados Unidos frente a la democracia de

#### Europa

Europa ya no es la potencia material de otros tiempos, pero es todavía la cultura que sirve de fundamento espiritual al mundo contemporáneo. Políticamente, la Europa actual es el punto de confluencia de tres movimientos cuya savia no se ha agotado aún: el liberalismo británico, la democracia francesa y una nueva concepción de la historia debida a la filosofía alemana. Es la civilización hija del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución. España e Italia, estertadas durante siglos, contribuyen al movimiento renovador del mundo con la profunda gestación de los ideales democráticos que florecen en el siglo de Castelar y de Mazzini. Y es esta civilización, en cuyo seno se han ido elaborando las doctrinas políticas y sociales que han prevalecido en la última centuria, la que opuso valladar insuperable a las fuerzas oscuras y tumultuosas que se lanzaron con Hitler y Mussolini, bajo el escudo de la barbarie gótica, al asalto de la conciencia moderna.

La misma civilización en que se embotaron, destructoras, pero impotentes, las armas de los grandes dictadores repele al epígono que señorea aún; con escándalo de la opinión universal, los destinos de España. De Churchill a Stalin, todos los votos de egregia calidad con contrarios a la dictadura abominable que esclaviza el pueblo español. Le son hostiles todos los partidos, no sólo los comunistas, sino los socialistas moderados, los republicanos burgueses, los liberales clásicos, los demócratas cristianos. Todos los gobiernos, desde las monarquías del norte, acrisoladas en la moral puritana y vivificadas por el socialismo humanista, hasta las democracias populares del centro y del mediodía, consideran el régimen fascista español como una monstruosa supervivencia. El propio Vaticano, sensible a la opinión dominante en la misma Italia, trata de ahuyentar al siniestro personaje que lo ronda como un espectro. Europa entera rechaza como a un cuerpo extraño, no ya ajeno a su vida política, moral, cultural y espiritual, sino perteneciente a un extinguido período geológico, al peligro fósil que se dejó olvidado allende el Pirineo la victoria aliada.

Y no es sólo repudio de una civilización, repugnancia de una cultura y hostilidad de un sistema político y social. Es un mismo prevención y alarma de grandes y graves intereses que se sienten comprometidos. Inglaterra sabe bien cuánto hay de enemiga irreconciliable y de oposición irreductible al espíritu británico en el fondo de la reacción española de que Franco es el más caracterizado exponente. Francia necesita verse libre de la puñalada por la espalda lo mismo en los Alpes que en los Pirineos. Italia no ignora que la sombra de Franco es el fantasma de Mussolini, como la restauración de los Borbones sería la restauración de los Saboya. Toda organización de Europa es imposible si a la caperuza democrática sigue una turbulenta cola fascista. La unidad continental a base de Francia y de Alemania requiere

firmeza y seguridad en los contrafuertes del Mediterráneo lo mismo que en los escandinavos. La Federación latina exige un triángulo equilátero que no pueden formar dos democracias republicanas y una dictadura fascista. Los mismos pactos en vigor, del Benelux al del Atlántico del Norte, prendidos con los alfileres del plan Marshall, serían resquebrajados por la desconfianza y el recelo que no podría menos de inspirar un elemento extraño y perturbador. Y en cuanto a la cooperación militar, la espada de Franco, traidor a sus progenitores en la desgracia y en la guerra, sería la espada de Damocles sobre las cabezas de los soldados de la libertad.

La pobreza puede llevar a Europa circunstancialmente a posiciones y actitudes subalternas impropias de su genio y de su prestigio. Más por encima de la coyuntura y la emergencia esté el alma permanente de los pueblos. Y es el alma de Europa lo que necesitan conquistar los Estados Unidos, sin perjuicio de echar un resaca a la economía destrozada. La alta, noble y fecunda colaboración no nace del apremio, sino del libre designio. No tiene por musa la necesidad, sino el ideal.

#### La cita con el Destino

Los Estados Unidos fueron, al nacer, la esperanza del mundo. La Declaración de Filadelfia, formulada bajo religiosos auspicios, fué como la revelación de un nuevo Evangelio para todos los hombres. Los representantes de la joven República eran acogidos en la Francia de Rousseau y de Voltaire como los nuevos profetas de la Humanidad. Las sencillas máximas de Franklin eran escuchadas en París -el París que se acercaba a las jornadas de la Revolución- como sagradas respuestas de oráculo. El valeroso y apacible Washington -el Cincinnati del nuevo continente- adquirió en los días de la guerra las proporciones de un héroe homérico. Jefferson, el político más consumado y podero-

so de toda la historia de los Estados Unidos según Murrey Butler, proclamaba su solidaridad con la Revolución francesa. Al estallar esta se constituyen en todo el territorio de los Estados Unidos sociedades democráticas que la defienden, y la de Charleston es adoptada como filial por el club parisense de los jacobinos. Cuando, tras la guerra napoleónica y el movimiento reaccionario de la Santa Alianza, la revolución renace en Europa; los republicanos de América tienden sus manos a los del viejo Continente. En 1848, la Convención nacional del Partido demócrata expresaba sus simpatías a la nueva República francesa, y poco después el secretario de Estado Daniel Webster afirmaba en una nota dirigida al Gobierno austriaco el derecho del pueblo americano a tener el más vivo interés por las naciones que luchaban en pro de un régimen semejante al de los Estados Unidos. En 1850, el Presidente Fillmore, con la autorización del Congreso, enviaba a Turquía un buque de guerra para transportar a los Estados Unidos al patriota húngaro Kossuth, desterrado de su país. En esta tradición democrática y humanística se forja el alma heroica de Lincoln, el redentor de los esclavos, y en la misma gloriosa tradición tiene sus raíces el pensamiento a la vez profundamente americano y universalista de Wilson y de Franklin D. Roosevelt. En la alusión a la cita con el Destino de que hablaba el último al sentirse llamado a intervenir al frente de su pueblo, en el más trágico conflicto de toda la historia, hay el temblor que agita a las almas en los umbrales del misterio bajo el presentimiento de que se está ante lo decisivo e irreparable.

Los Estados Unidos fueron, sobre todo, el gran ejemplo de América; los maestros, los guías de todo el Continente. Las espadas de los libertadores se vuelven hacia la invicta de Washington, ya inmortal trofeo, en busca a un tiempo de la inspiración militar y del

espaldarazo caballeresco. La constitución de los Estados Unidos es adoptada por todos los pueblos que van conquistando su independencia. Todos se erigen en federaciones para <sup>desprenderse</sup> ~~desprenderse~~ del espíritu unitario y centralista de las viejas metrópolis. Desde la pampa y desde la manigua se mira al Capitolio como a una estrella que no puede sufrir eclipse. Pero la marcha de los pueblos libertados hacia la democracia es lenta, difícil, dolorosa... El yugo colonial queda dentro de las almas sobre las cumbres bravías y los desiertos inmensos. El viejo despotismo, sin la grandeza de las monarquías históricas, renace en los tiranos con espíritu de capataces y codicia de negreros. Las guerras intestinas se suceden y el espíritu de los Rosas, los Francia y los García Moreno alientan en sucesivas reencarnaciones. Es la herencia a la vez de rebeldía y de esclavitud de un pasado que las armas no pudieron romper en lo espiritual, como las soldaduras materiales de la administración y del gobierno, en los campos de batalla.

Los Estados Unidos, maestros de América, se encuentran ante una grave situación. El prestigio de su hegemonía democrática universal no puede menos de padecer con el espectáculo de las dictaduras iberoamericanas, sensibles a su influencia económica, pero refractarias a su magisterio político. Porque es importante llevar la democracia a China, y al Japón, y al Medio Oriente, y a los negros de África, pero es mucho más importante para un americano establecerla en América. Bien está que inquieten y preocupen los progresos del totalitarismo donde quiera, allende el Atlántico y allende el Pacífico, en las estepas de Asia o en las islas oceánicas; pero es mucho más peligroso en el propio Continente, como si se dijera al las puertas del Capitolio, al alcance de los anteojos de la Casa Blanca. Para la democracia son igualmente inadmisibles todas las dictaduras. Y son las más peligrosas espiritualmente las más próximas. Las dictaduras

de América se oponen a la unidad moral del hemisferio e impiden la solidaridad democrática continental. Y es singular modo de procurar la desaparición de esas dictaduras, de vieja raigambre española y que aspira a ser un remedo del régimen franquista, salvar a Franco de la bancarrota y del desastre y presentarlo, rehabilitado, a la contemplación de los pueblos de América.

Había, en efecto, en los discursos de Franco y de/Roosevelt, sencillos apólogos y edificantes parábolas, el hondo temblor de la cita con el Destino. Y todas las mañanas se renueva la emoción ante la magnitud de los sucesos mundiales que se precipitan. El mundo escapa a la razón y no hay sino presentimientos, vaticinios, profecías augurios se espere en el umbral del misterio con temor y zozobra. Verdaderamente, sería inaudito que la sagrada cita con el Destino se convirtiera en cordido y presioso diálogo con el Dictador español, bajo la mirada exceptica e ironica de Chiang-Kai-Shek.

#### El equívoco de las relaciones diplomáticas

El problema que la carta del Secretario Dean Acheson plantea ante las Naciones Unidas no es, como erróneamente se ha dicho el de reconocer o no el régimen de Franco; los Estados Unidos lo reconocieron el 3 de Abril de 1939, siguiendo el deplorable ejemplo de Inglaterra y Francia, que lo había hecho el 27 de Febrero; reconocimientos sin condiciones, sin reservas, sin atender lo más mínimo a la peligrosa situación ni adoptar la menor prevención contra las represalias de los vencedores, que fueran, como es sabido; cruelísimas. Tampoco se trata del problema referente al reconocimiento de los gobiernos de facto, por lo que es ocioso invocar la doctrina Estrada, mal comprendida por otra parte, sobre la materia ni es del caso entrar a discutir si procede o no sostener relaciones diplomáticas normales con gobiernos cuya significación ideológica se reprueba o cuya conduc-

ta atentatoria a los derechos humanos fundamentales merece universal execración. Por estos caminos de circunvalación del problema se procura dar a este una falsa perspectiva que permita un cínico y escandaloso camuflaje.

La iniciativa de reconocer a Franco en 1939, fué del racelom-  
cio y pusillanimo Chamberlain, cuya táctica de ebrir el paraguas antes  
de la lluvia tanto se parece a la del avestruz. Francia tuvo la f la  
queza de secundar la actitud de Inglaterra -aunque ambas reconocieras  
tos lleven la misma fecha- y los Estados Unidos siguieron, a considera-  
ble distancia, a las dos grandes democracias de Europa. Era el momento  
de la pacificación a todo trance; el miedo erigido en razón de Estado;  
el atolondramiento del pánico; la pendiente rebbaladiza de Munich.  
Más, al estallar la guerra, Franco se apresura a proclamar su solidari-  
dad con las potencias del Eje; es moralmente y materialmente, en lo  
que la debilidad de España consiste, un aliado de Hitler y de Muscoli-  
ni; se cruzan los placentes y las felicitaciones, ya que no pueden  
entrelazarse las armas; las vulpejas fascietas, incapaces de convertir  
se en leones palmotean ante el vuelo de las agujas alemanas; El pano-  
rama ha cambiado. El posible colaborador si-quiera fuese bajo una neutra-  
lidad hipocritica, es manifiestamente un ensalga. Entoces, con inter-  
valos que marcan los lentos pasos de la victoria, la Carta del Atlán-  
tico la Declaración de las Naciones Unidas, Teherán, y Yalta... Los  
republicanos españoles siguen anhelantes desde los presidios y por  
encima de los campos de concentración la marcha de los soldados de la  
libertad, a cuyo lado combaten los compatriotas que pudieron salvarse  
de la mazorra y del verdugo. Y después de la victoria, ya si la nervio-  
sidad de la lucha incierta, entre el repique triunfal de las campanas,  
San Francisco, Potsdam... Seguidamente, Londres, New-York.

Y he aquí el problema. No se trata de elocubraciones de derecho internacional. Se trata de si las Naciones Unidas son capaces de borrar todas esas declaraciones y todos esos actos en-tomar un pesa culpa venganzoso, de incurrir en una escandalosa retracción, de una palidonia histórica, de arastrarse hasta Canosa como el emperador germano, de desfilar en procesión por las horcas caudinas, provocando el estupor del mundo.

Esperamos que no será así. La sombra de Chamberlain "el pacificador" no podrá ganar la batalla. Hay el compromiso de honor de las democracias de Europa, a las que se unirán las nuevamente constituidas en Asia y todos los pueblos libres representados en xxxxxx el alto organismo internacional. Hay, sobre todo, las democracias de América, que al repudiar el fascismo de la madre patria defienden su libertad y su espíritu. México, cuya tradición internacional tiene el insigne abuelo de Francisco de Vitoria, en que se inspira la doctrina del gran democrata y amigo inolvidable de la República Española Jenaro Estrada. Guatemala, que ha aventado en heroica lucha las cenizas de la dictadura. Panamá, cuya representación en las Naciones Unidas ha ofrecido las más altas lecciones de derecho. Cuba, en cuya lucha por la libertad revalorizaron los soldados y los poetas. Chile, de tan fuerte y vivaz espíritu político que se ejemplar en el Continente de resistencia a las más extremadas corrientes de avance y de retroceso social. El Uruguay, de Batlle Ordóñez, el genial hombre de estado que hizo de su pueblo una democracia modelo. Algunas de estas democracias pueden ufanarse de las instituciones más progresivas, y todas comparten el ideal forjado por la espada del Libertador y la musa de Martí, ideal que es también el de los pueblos oprimidos por una nueva forma de yugo colonial. En las Naciones Unidas es siempre la voz de una democracia americana la que defiende la causa más noble, la que propone la solución más justa, la que invita a la concordia y a la fraternidad.

Y al cerrar el paso a Franco, las democracias americanas prosiguen la lucha centenaria por la independencia espiritual de las patrias arrancadas a la vieja dominación de que es símbolo el dictador de España .

Ayuda económica a España y subsidio a Franco .

Ningún español se opone por motivos políticos y menos por fanatismo de secta o escepticismo de facción a las colaboraciones que requiere la restauración económica de la patria, destrozada y empobrecida por una rebelión criminal que ha reducido su población trece bajadera en mas de un millón de hombres y arrojado al destierro a lo mas granado de los elementos científicos y técnicos. Nadie profesa entre nosotros la concepción catastrofista que hace de la miseria la palanca de los movimientos históricos, ni confunde el espíritu cívil con el odio que engendra el sufrimiento cruelmente prolongado. Fueron los pueblos sobrios, duros y tenaces-no deben de olvidar esto los potentados de hoy-los que llevaron a cabo las empresas mas trascendentales y gloriosas. Pero los pueblos pobres que han hecho, y seguiran haciendo, lo mas rudo de la historia no son los pueblos famélicos y miserables.

El español normal es capaz de distinguir entre la ayuda que se ofrece a la patria y el apoyo que se presente al regimen que la esclaviza. La verdadera ayuda al país necesita para ser tal obedecer a las condiciones naturales del movimiento económico, responder a las necesidades reciprocas de los pueblos y comenzar por manifestarse libre de todo intento de explotación y de todo espíritu de corrupción. Para un capitalismo sano, la España de Franco no es ni puede ser "campo de inversiones", como se dice en la jerga financiera. El régimen de Franco es como una tierra seca y ardorosa y absorbería los chorros

de oro de modo absolutamente improductivo. La dictadura no es sólo el despotismo político; es la inmundicia administrativa y la orgía económica; tanto como el patíbulo y la cárcel, es símbolo de esta clase de regimenes un tonel sin fondo. Nada es bastante para el aparato de fuerza que suplanta a la opinión pública y la corrompida burocracia que hace las veces de Gobierno. Un Ejército sin soldados con veinte mil oficiales y jefes es un parasito monstruoso aún para la economía más frondosa. Y lo que el Ejército de dominación no consume lo devoran los parásitos secundarios, no menos ávidos por subalternos. La miseria de la España de Franco es esto: una gusanera hedionda. Y hay que cuidarse mucho de confundir la codicia de los gobernantes, que necesita cebo, con el hambre del pueblo, que se pretende explotar.

Toda pretendida ayuda económica a España no sería, pues, sino un subsidio a Franco, la soldada del dictador y el entretenimiento de su siniestro equipo. No serviría sino para refrezcar cerrojos y mordazas y apuntalar las prisiones que se hundan al peso de los reclusos. Sería el presupuesto macabro del verdugo. Lejos de favorecer al pueblo español remachar'ia sus cadenas. Y resultaría, a la postre, un mal negocio, aún prescindiendo de toda consideración de orden moral. Porque no es de creer que un gobierno honesto que suceda al régimen de Franco reconozca como deuda nacional la contraída por el usurpador de la soberanía española a fin de mantenerse en su execrable dictadura.

#### Conjuro revolucionario en vez de gesto pacificador

Si el Secretario Dean Acheson, al hacer sus declaraciones, tuvo el propósito de contribuir a la pacificación de España procurando la evolución democrática de la dictadura, puede darlo por fracasado desde el momento mismo de la publicación de su carta. Esta no

satisfizo, a causa de sus reservas y reticencias, a los defensores de Franco y concitó las iras de los enemigos del dictador es la suerte reservada a las combinaciones híbridas de toda política artificiosa e incíncera.

2 El régimen actual de España no es susceptible de transformación ni el propio Franco podrá hacerla aunque quisiera. No es probable que el dictador, más hombre de armas que de letras, haya leído a Quevedo, pero no dejara de saber por intuición la profunda filosofía de la siguiente máxima del gran polígrafo: " los tiranos son tan malos que las virtudes son <sup>sus</sup> riesgos. Si prosiguen en la violencia, se empeña; si se reportan, los despojan; de tal condición en su iniquidad que la obstinación los edifica y la emienda los arruina."

3 El problema de España no consiste en camuflar la dictadura ; consiste en devolver al pueblo español la soberanía de que fué despojado. Y para ello no hay más camino que el que arranca del inmortal discurso de Roosevelt sobre "las cuatro libertades" y van señalando, después de la Carta del Atlántico y la Declaración de las Naciones Unidas, los hitos de Yalta, San Francisco, Potsdam, Londres y Nueva York. En vez de desandar esa ruta, lo que procede es seguirla hasta el fin, y si las medidas hasta ahora adoptadas contra la dictadura española no han tenido eficacia bastante, sustituirlas por otras de mayor rigor. Si se desea sinceramente la instauración en España de un régimen democrático, lo que exige ante todo el derrocamiento de Franco, es deber ineludible favorecer y estimular, con los poderosos recursos de que las grandes democracias disponen, y sin necesidad de nada que implique material intervención, a las fuerzas que del interior del país y en el destierro luchan por libertar a su patria de la dictadura. Y si no se las favorece y estimula, sino que, por el contrario, se las debilita y deprime con actos como el realizado por Dean Acheson

